

AÑO X

ATHENEIA

Nos. 3-4

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

COMITE DE REDACCION:

JUSTO A. FAJIO ♦ RAFAEL CARDONA ♦ ROGELIO SOTELA,
J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

Pegaso

Cuando iba yo a montar ese caballo rudo
y tembloroso, dije: la vida es pura y bella.
Entre sus cejas vivas vi brillar una estrella;
el cielo estaba azul y yo estaba desnudo.

Sobre mi frente Apolo hizo brillar su escudo,
y de Belerofonte logré seguir la huella.
Toda cima es ilustre si Pegaso la sella
y yo, fuerte, he subido donde Pegaso pudo.

Yo soy el caballero de la humana energía,
yo soy el que presenta su cabeza triunfante
coronada con el laurel del Rey del día.

Domador del corcel de cascos de diamante,
voy en un gran volar, con la aurora por guía,
adelante en el vasto azur, siempre adelante!

Rubén Darío

Directiva del Ateneo de Costa Rica

Presidentes Honorarios

Justo A. facio

Fundador del Ateneo

Antonio Zambrana

Presidente

Alejandro Alvarado Quirós

Vicepresidentes

Jenaro Cardona

J. M. Alfaro Cooper

Vocales

Luis Castro Saborio

Carlos Orozco Castro

Clodomiro Picado

Alceo Hazera

César Nieto

Secretario

Rogelio Sotela

Toda correspondencia relativa a **Athenea** debe ser dirigida al apartado 572. La suscripción mensual es de cincuenta céntimos.

La Administración está a cargo de **Rogelio Sotela**

Colaboran todos los **Ateneístas**.

Homenaje a la memoria de Rubén Darío y José Enrique Rodó

El Ateneo de Costa Rica ha querido tributar un homenaje a los dos ilustres escritores americanos que han desaparecido inmortalmente: Rubén Darío y José Enrique Rodó. Hermosa manifestación de cariño fué esa, la noche de la última velada. Costa Rica tenía una deuda sagrada con los dos grandes espíritus de América y ha procurado manifestarlo en una forma digna de ellos.

* * *

No en vano se eleva ante nuestro recuerdo, aquel tan puro, sagrado y antiguo del culto por los antepasados que comprendieron los pueblos pretéritos, ritualistas e ingenuos, en los manes y dioses familiares. Hay un profundo sentido en aquellas prácticas y nuestras consagraciones modernas. Todo lo que



Rubén Darío

fallecido en León, Nicaragua,
el 6 de febrero de 1917.

superiores y un acatamiento pasivo a las insinuaciones del Eterno, podremos levantarnos hasta los mismos modelos. Así, un hombre que no guarde culto a los grandes guías y no llene su pensamiento con el estímulo de sus actos y de su palabra, es un alma encadenada a la estrecha visión de su propia mente, puesto que es precisamente lo que estimula de fuera, lo que ilumina nuestros interiores por reflexión.

¿Qué podríamos sin la sugestión externa?

La última velada en memoria de los grandes latinoamericanos, Rubén Darío y José Enrique Rodó, ha sido, por dicha, el reconocimiento periódico

el tiempo aquilata, destructor como es de lo natural y exaltador de lo espiritual, se hace mejor cada día para nosotros, y así el pasado llega a fijar en nuestras mentes las efigies simbólicas de las grandes almas, hechas luz, despojadas de aquellos elementos que pudo amontonar sobre ellos uno que otro valor de época. El culto a los grandes es una deuda contraída con la verdad y la belleza, y sólo por este culto que implica el reconocimiento de las cosas supe-

que debemos seguir tributando a nuestros héroes literarios. Y gracias a los iniciadores, pasamos varias horas bajo la égida de sus más altos pensamientos y sus estrofas más musicales y celestes.

Nos llevó a la pampa del pensamiento sublime, con riendas de oro y en arzones de seda, la palabra múltiple, nerviosa y vibrante del ilustre señor Brenes Mesén. Hay ciertos nombres que evitan explicaciones. Analizar la profunda comprensión que de la música de Rubén y del verbo estatuario de Rodó tiene, sería tan inútil como demostrar una evidencia. Por lo demás, el poeta y pensador, si bien por lo amplio de su plan de belleza y de cultura son tema que exige las mejores aptitudes, no es menos cierto que con sus nombres sólo dan alas a la imaginación, fuerzas al verbo, gracia a quien los pronuncia y muerte al Tiempo.

Don Luis Cruz Meza nos arrolló en la «Canción del Oro» y la «Marcha Triunfal»; su voz fresca y sonora desató los ritmos con genuflexiones nuevas y suaves inflexiones. La sinceridad y el entusiasmo multiplican los

exclusivo suyo, el aspecto externo, de suerte que, entre la palabra escrita y el matiz de la intención, queda flotando un finísimo velo de formas animadas, tejidas a media luz, que hacen doble el motivo y movilísimo el cuadro. Este procedimiento despierta una comparación curiosa: figuraos a un escultor en su cámara frente al boceto que de perfil a una ventana abierta, bajo los finos golpes de la talla, suelta, como sudario de inanición, el leve polvo blanco, que desprendido, flota en la penumbra repitiendo las formas de la estatua. . . .

Vino entonces el señor Hazera con su hermoso soneto a Rubén, que acusa bien claramente su dominio del verso.



D. Roberto Brenes Mesén

quien leyó un precioso trabajo
sobre Darío
la noche de la velada
y que publicamos en este número

valores, aunque de suyo altísimos, en este caso, porque estas cualidades unifican la espectación que forma la palabra y nos colocan directamente en la intuición desnuda.

Vino luego la silueta espiritual y bíblica de de la Rosa, el autor de «La Amiga», el «Canto a Colombia» y otros poemas. Para quienes conocemos de cerca a este poeta, verdadero «poeta medular» como diría Valladares, no es cosa nueva la visionaria pureza de su verso extraño, al que disgrega sabiamente, por un procedimiento

Luego vino Sotela, nuestro buen amigo, de quien omito hablar por fuerza del cariño y temor a la sonrisa ajena, propensa a veces a la evocación de trompeterías.

No es nuestro propósito detallar ni embellecer falsamente, así quede para su dicha y nuestra pena enfundado el violín de Ismael Cardona y la iniciativa de otros.

García Monje, el «dulce Maestro», colmó la medida.

Con dulce voz evangélica, sereno y patriarcal como quien ha logrado prescindir de lo personal, en un suave olvido propio, nos habló de la significación política y social de la obra de Rodó; como perdido entre los bosques griegos del pensador uruguayo, fué desenvolviendo lentamente todos los aspectos del escritor y del hombre, de sus tendencias, del sueño que lo eleva sobre el enfermizo individualismo de estos pueblos pequeños, que, solos, parecen los miembros



Srta. Luisa Montero

quien cantó una bellísima romanza la noche de la velada Dario-Rodó

giosos, científicos o contemplativos, desde Moisés hasta Juan, desde Anaxágoras hasta Colón, desde Esquilo hasta Shakespeare. . . .

Luego nos leyó el divino diálogo de bronce y mármol, entre Perseo y David, lira enamorada que junta en un solo arpegio el salmo hebreo con el yambo griego; Rodó soñaba indudablemente con la identificación de los dioses de la forma, con los dioses del fondo; sentía profundamente la necesidad de ligar y no de excluir estos dos aspectos eternos de cuya interposición surge lo que llamó el orfismo teosófico del siglo cuarto el *Adam-Eva*, el principio masculino al femenino, de los cuales el primero forma el principio activo de las cosas y los seres, y el segundo el vientre receptivo que labora la forma y la presenta al espíritu como tarea de conocimiento; como verdadero filósofo investigó el fondo y lo vistió con formas de infinita gracia lo que simbólicamente significa dar a Jehovah la forma de Apolo y viceversa. Quería una humanidad que amase la luz, la barra del gimnasio y del diagogé de Aristóteles y lloraba asimismo el abandono que de estas cosas hace al presente la

disgregados del egoísmo que se multiplica achicándose; nos recordó gratamente las apoteosis de la espada libertadora de Bolívar como el renacimiento de aquella otra más venturosa del justo Washington que coronó su sueño en la unidad a que hoy tememos; del porvenir de América, nuevo tren del mundo, matriz de mejores generaciones que verán realizarse el ideal de todos los pensadores de la tierra, reli-

sociedad sepultada en el artificio y la complicación. Como la fortaleza y la pureza, amaba el desnudo. En esta visión mataba para siempre la discusión estéril de las religiones, pues comprendía que todas eran un aspecto inseparable de las demás y que el significado profundo de ellas radicaba en el amor y en la severidad. Por eso se aman intensamente en su diálogo el Perseo que decapita una Gorgona y el David que mata sus pasiones. Tenemos una vieja sed en el alma y no sabemos por donde empezar a calmarla; ligar el fondo severo del Santo a la forma perfecta del Alcibiades, es una tarea que requiere una mente a un tiempo graciosa y profunda. Y era esto lo que deseaba Rodó para las juventudes de América. ¡Tarea gigantesca, pero digna de quien la concibe!

Volvamos a menudo a los Maestros: ellos traen, en un alado cuerno de abundancia, infinitos modelos de gracia, de fuerza, de dulzura, de paz, de ansias de eternidad y de lucha, y traen también misioneros de dicha como el señor García Monje. Evitémosle penas de adulación. Su figura es su elogio.

Y aquí hemos de decir algo del divino gorjeo de la Srta. Luisa Montero, que esa noche cantó como nunca. Inspirada tal vez por el espíritu de Rubén, desgranó en el ambiente la suave modulación de su voz.

Don José Albertazzi puso luego la bella nota de su poema, declamándole con toda corrección.

El joven artista don Juan de Dios Pérez hizo que salieran de su flauta las más bellas armonías.

Finalmente oímos «Ensueño», vals de nuestro compositor don César Nieto que está lleno de sugerencias y de frases delicadísimas.

Nosotros salimos del teatro con el alma llena de emociones puras y pensando en la belleza del acto, en estos generosos artistas nuestros que tan brillantemente llevaron a cabo el homenaje a los maestros inmortales.

Claudio César Rubió

La Paz interior de Darío

Creó, oró, esperó y amó la vida

La muerte lo sorprendió como a un justo. Su confesión íntima cuando bajaba los fúnebres escalones, es la siguiente, alta, sugestiva, sincera, inmortal:

«Siento en mí una insondable tendencia a la sencillez absoluta. Mi corazón se pacifica; mi sentimentalismo, grave y triste enfermedad de mi vida, se purifica y se exalta, el amor a la paz besa las heridas que llevo abiertas y me muestra ignorados y supremos caminos de ideación. Estoy en un reino tranquilo; me comprendo mejor, comprendo mejor la existencia, me explico muchos enigmas de antes, como si leyese su clave en el misterioso Apocalipsis.

Es que me hago viejo? ¿Es que ya se fue la juventud, divino tesoro, para siempre no volver? La fe está en mí; creo, oro, espero; no ha muerto mi amor a la vida. Siempre sigue habiendo flores en mi mesa; y las claras musas no remontan aún el vuelo. . . .».



Rubén Darío

(De un sueño: 23 de mayo de 1917.)

(Recitado por su autor la noche de la velada en homenaje a Darío y Rodó)

Cual cabe el rítmico mar antillano
de un día de oro que ya no es,
tuve en la mía su blanca mano,
su suave mano de gran marqués.

Era en su alcázar de poesía
y entre sus cisnes y su albo lis.
Plata de dulce melancolía
extenuaba y entristecía
su sien ardiente de un tono gris.

Temblaba todo: ¡lánguido niño!
Gemía todo: ¡sanz de dolor!
¡Era de ave y era de armiño
que toca el fango, su gran temblor!

Petro sin freno se lanzó mi instinto,
mi juventud montó petro sin freno,
iba embriagada y con puñal al cinto,
si no cayó. Fue porque Dios es bueno.

Rubén Darío

Cual cabe el rítmico mar antillano
del día de oro que ya no es,
dejó en mi mano su blanca mano,
la suave mano de gran marqués.

—Tengo, me dijo, una punzante
sed de blancura y hambre de azul!
¡Y el lauro muerde como quemante
vívora, hermano!... Y su semblante
veló invisible, trágico tul.

—Ven, me decía, ven! Encontremos
la fuente de oro que surte el bien!...
Y me arrastraba con sus dos remos
de débil Cisne, mi buen Rubén...

—¿Pero no sabes? ¿Pero no inquieres?
¡Busca la linfa, dame el zafir
del agua eterna!... ¡Tú no me quieres!,
clamó su ingenuo, pueril gemir...

Dejó su alcázar de poesía,
dejó sus cisnes y su albo lis,
y huyó temblando. Yo le seguía.
Se extenuaba muriente el día
sobre sus sienes de un tono gris.

Fuimos cruzando bosques de palmas,
fuimos hollando lirios de sol.
Vimos teorías de niveas almas
surcar los ríos del arrebol.

Su frente triste resplandecía
por la fulgúrea vía estelar.
Sobre una estrella de pedrería
el blanco Cisne rompió a cantar...

¡Cómo mis sordos ritmos pudieran
su divo canto triste decir!
Al escucharlo, lágrimas eran
los ígneos astros de oro y zafir.

¡Se deshacía, se derretía
en lloro y perlas su corazón!
Y el Infinito lo comprendía:
el Infinito también gemía,
cual arpa rota con su canción...

¿Cómo fué el tumbo? Lúgubre ola
contra su estrella de azul rompió
Satán maldito. Y su alma sola
entre las sirtes de un mar cayó...



Lo vi de nuevo triste en la orgía
de su llameante, roja París.
Más extenuada languidecía
su sien ardiente de un tono gris.

Siempre era el príncipe del antillano
día de oro que ya no es.
Dióme su suave mano de hermano,
la blanca mano de gran marqués.

Y entre el estruendo de la faunalia
huyó danzando, loco de ardor,
¡cálida, pálida como una azalia
la frente en fuego, cinta de horror!...

—Oh, no los sigas, hermano mío!
¡Deja la angustia y huye el furor!
¡Deja la fiebre y el desvarío!
¡Toma la linfa que da el Señor!
¡Oh, no los sigas, Rubén Darío,
hermano mío de mi dolor!...

Aun la noble melancolía
del triste sueño brilla, cual lis,
en los jardines del alma mía;
y aun lamenta mi poesía
su sien ardiente de un tono gris.

Leopoldo de la Rosa

La Canción del Oro

Bella composición de Rubén Darío que leyó el
Lic. don Luis Cruz Meza la noche de la velada

Aquel día, un harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizá un poeta, llegó, bajo las sombras de los altos álamos, a la gran calle de los palacios, donde hay desafíos de soberbia entre el ónix y el pórfido, el ágata y el mármol; en donde las altas columnas, los hermosos frisos, las cúpulas doradas, reciben la caricia pálida del sol moribundo.

Había tras los vidrios de las ventanas, en los vastos edificios de la riqueza, rostros de mujeres gallardas y de niños encantadores. Tras las rejas se adivinaban extensos jardines, grandes verdores salpicados de rosas y ramas que se balanceaban acompasada y blandamente como bajo la ley de un ritmo. Y allá en los grandes salones, debía de estar el tapiz purpurado y lleno de oro, la blanca estatua, el bronce chino, el tabor cubierto de campos azules y de arrozales tupidos, la gran cortina recogida como una falda, ornada de flores opulentas, donde el ocre oriental hace vibrar la luz en la seda que resplandece. Luego, las lunas venecianas, los palisandros y los cedros, los nácares y los ébanos, y el piano negro y abierto, que ríe mostrando sus teclas como una linda dentadura; y las arañas cristalinas, donde alzan las velas profusas la aristocracia de su blanca cera. ¡Oh, y más allá! Más allá el cuadro valioso, dorado por el tiempo, el retrato que firma Durand o Bounat, y las preciosas acuarelas en que el tono rosado parece que emerge de un cielo puro y envuelve en una onda dulce desde el lejano horizonte hasta la hierba trémula y humilde. Y más allá.....

*
* *

(Muere la tarde.

Llega a las puertas del palacio un carruaje flamante y charolado. Baja una pareja y entra con tal soberbia en la mansión, que el mendigo piensa: decididamente, el aguilucho y su hembra van al nido. El tronco, ruidoso y azogado, a un golpe de látigo, arrastra el carruaje haciendo relampaguear las piedras. Noche).

* * *

Entonces en aquel cerebro de loco, que ocultaba un sombrero raído, brotó como el germen de una idea que pasó al pecho, y fué opresión, y llegó a la boca hecho himno que le encendía la lengua y hacía entrechocar los dientes. Fué la visión de todos los mendigos, de todos los suicidas, de todos los borrachos, del harapo y de la llaga, de todos los que viven. ¡Dios mío! en perpetua noche, tanteando la sombra, cayendo al abismo, por no tener un mendrugo para llenar el estómago. Y después la turba feliz, el lecho blando, la trufa y el áureo vino que hierva, el raso y el moiré que con su roce ríen; el novio rubio y la novia morena cubierta de pedrería y blonda; y el gran reloj que la suerte tiene para medir la vida de los felices opulentos, que en vez de granos de arena, deja caer escudos de oro.

* * *

Aquella especie de poeta sonrió: pero su faz tenía aire dantesco. Sacó de su bolsillo un pan moreno, comió y dió al viento su himno. Nada más cruel que aquel canto tras el mordisco.

¡Cantemos el oro!

Cantemos el oro, rey del mundo, que lleva dicha y luz por donde va, como los fragmentos de un sol despedazado.

Cantemos el oro, que nace del vientre fecundo de la madre tierra; inmenso tesoro, leche rubia de esa ubre gigantesca.

Cantemos el oro, río caudaloso, fuente de la vida, que hace jóvenes y bellos a los que se bañan en sus corrientes maravillosas, y envejece a aquellos que no gozan de sus raudales.

Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los cetros imperiales; y porque se derrama por los mantos como un fuego sólido, e inunda las capas de los arzobispos, y refulge en los altares y sostiene al Dios eterno en las custodias radiantes.

Cantemos el oro, porque podemos ser unos perdidos, y él nos pone mamparas para cubrir las locuras abyectas de la taberna y las vergüenzas de las alcobas adúlteras.

Cantemos el oro, porque al saltar del cuño lleva en su disco el perfil soberbio de los césares; y va a repletar las cajas de sus vastos templos, los bancos, y mueve las máquinas, y da la vida, y hace engordar los tocinos privilegiados.

Cantemos el oro, porque él da los palacios y los carruajes, los vestidos a la moda, y los frescos senos de las mujeres garridas; y las genuflexiones de espinazos aduladores y las muecas de los labios eternamente sonrientes.

Cantemos el oro, padre del pan.

Cantemos el oro, porque es, en las orejas de las lindas damas, sostenedor del rocío del diamante, al extremo de tan sonrosado y bello caracol; porque en los pechos siente el latido de los corazones, y en las manos a veces es símbolo de amor y de santa promesa.

Cantemos el oro, porque tapa las bocas que nos insultan; detienen las manos que nos amenazan, y pone vendas a los pillos que nos sirven.

Cantemos el oro, porque su voz es música encantada; porque es heroico y luce en las corazas de los héroes homéricos, y en las sandalias de las diosas y en los coturnos trágicos y en las manzanas del Jardín de las Hespérides.

Cantemos el oro, porque de él son las cuerdas de las grandes liras, la cabellera de las más tiernas amadas, los granos de la espiga y el peplo que al levantarse viste la olímpica aurora.

Cantemos el oro, premio y gloria del trabajador y pasto del bandido.

Cantemos el oro, que cruza por el carnaval del mundo, disfrazado de papel, de plata, de cobre y hasta de plomo.

Cantemos el oro, amarillo como la muerte.

Cantemos el oro, calificado de vil por los hambrientos; hermano del carbón, oro negro que incuba el diamante; rey de la mina, donde el hombre lucha y la roca se desgarran; poderoso en el poniente, donde se tiñe en sangre; carne de ídolo, tela de que Fídias hace el traje de Minerva.

Cantemos el oro, en el arnés del caballo, en el carro de guerra, en el puño de la espada, en el lauro que ciñe cabezas luminosas, en la copa del festín dionisiaco, en el alfiler que hiere el seno de la esclava, en el rayo del astro y en el Champaña que burbujea como una disolución de topacios hirvientes.

Cantemos el oro, porque nos hace gentiles, educados y pulcros.

Cantemos el oro, porque es la piedra de toque de toda amistad.

Cantemos el oro, purificado por el fuego, como el hombre por el sufrimiento; mordido por la lima como el hombre por la envidia; golpeado por el martirio, como el hombre por la

necesidad; realzado por el estuche de seda como el hombre por el palacio de mármol.

Cantemos el oro, esclavo, despreciado por Jerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldecido por Pablo el Hermitaño, quien tenía por alcázar una cueva bronca y por amigos, las estrellas de la noche, los pájaros del alba y las fieras irsutas y salvajes del yermo.

Cantemos el oro, dios becerro, tuétano de roca misterioso y callado en su entraña, y bullicioso cuando brota a pleno sol y a toda vida, sonante como un coro de tímpanos; feto de astros, residuo de luz, encarnación de éter.

Cantemos el oro, hecho sol, enamorado de la noche, cuya camisa de crespón riega de estrellas brillantes, después del último beso como con una gran muchedumbre de libras esterlinas.

¡Eh, miserables beodos, pobres de solemnidad, prostitutas, mendigos, vagos, rateros, bandidos, pordioseros peregrinos, y vosotros los desterrados, y vosotros los holgazanes, y sobre todo, vosotros, oh poetas!

¡Unámonos a los felices, a los poderosos, a los banqueros, a los semidioses de la tierra!

¡Cantemos el oro!

* * *

Y el eco se llevó aquel himno, mezcla de gemido, ditirambo y carcajada; y como ya la noche oscura y fría había entrado, el eco resonaba en las tinieblas.

Pasó una vieja y pidió limosna.

Y aquella especie de harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizá un poeta, le dió su último mendrugo de pan petrificado, y se marchó por la terrible sombra, rezongando entre dientes.

Rubén Darío

La vida de Rubén Darío en cuatro palabras

Darío murió de 49 años y 18 días, el 6 de febrero de 1916. Nació el 18 de enero de 1867 en Metapa. Luego estuvo en San Marcos de Colón, Honduras, con su madre. Después se trasladó a León, criándose en casa de doña Bernarda Sarmiento. Estuvo en Managua, ya joven, de Auxiliar del bibliotecario nacional Doctor Modesto Barrios. Estuvo en Granada de dependiente en el establecimiento de don Ricardo Vargas; las señoritas granadinas iban de preferencia a comprarle a él. Después se fué a El Salvador, allí se casó en primeras nupcias con una hija del gran orador Alvaro Contreras. Fué a Chile. El Presidente colombiano Rafael Núñez lo hizo Cónsul en París. Fué a España como Secretario de la Delegación de Nicaragua a las Fiestas del Cuarto Centenario del descubrimiento de América. Estuvo en la Argentina bajo la protección del prócer General Mitre. Fué Cónsul de Nicaragua en París. En 1908 fué nombrado Ministro Plenipotenciario ante

la Corte de Alfonso XIII. Hace cuatro años empezó para él una serie de consagraciones. En París le dieron un gran banquete de despedida presidido por Paul Fort, Remy de Gourmont y Anatole France. En Madrid le hizo una recepción extraordinaria el Ateneo de Madrid. En Barcelona otra en el Cau Ferrat de Santiago Rusiñol. La Academia del Brasil le hizo una gran fiesta en Río de Janeiro. Y hace un año los estupendos diarios de Nueva York le consagraron páginas enteras con su retrato, versos y crónicas de las fiestas a él tributadas.

Muere consciente de su gloria. Hace poco más de un mes que, al referirse a un escritor que escribió recientemente acerca de él unas páginas agri-dulces, alguien le hizo notar: — ¿Será rivalidad?

Y Darío contestó vivamente: — ¡Oh, eso no! Por hoy sólo somos tres en el mundo: D'Anunzio, ... otro por ahí, ... y yo.

Rubén Darío (1)

Períclito Pastor, de bellas ovejas de vellocino de oro, Pastor que has conducido por tus praderas de esmeralda coronados poetas y por tu cerúlea pradera espléndida constelados y fúlgeos carros cargados de tesoros de pensamiento; victorioso Pastor, padre de *Hernani* y de *Ruy Blas*, que cantaste al son de flautas y oboes las *Hojas de Otoño*, y al son de cuernos de caza y de trompetas la *Leyenda de los Siglos*, y al son de clarines de guerra y a tambores de duelo *Los Castigos* y las horas sombrías del *Año Terrible*; padre de parnasianos y simbolistas; del fondo de tu armonioso océano, Pastor de tempestades; del seno de tu luz siderea, Pastor de tardes serenas, surgió este rey de la Cólquide musical de la Poesía que se llamó Rubén Darío. Cayó en el Momotombo un poderoso pensamiento de Víctor Hugo, iluminóse el volcán y al punto los Hados comienzan a trabajar en la gestación de esta superior belleza: un Poeta.

Los poetas son hijos espirituales de los Poetas y de las Musas, sacros númenes. Como las cumbres luminosas de las cordilleras más altas de la tierra, los poetas recogen las celestes influencias que se derraman sobre las llanuras humanas; sin ellos la inspiración, espiritualidad e ideal, quedarían cerniéndose sobre las cabezas de los hombres, a manera de cirros, sin alcanzarles jamás. Las eternas verdades morales, la belleza imperecedera y la cósmica armonía continuarían siendo el patrimonio de los inmortales sin la presencia en la tierra de esos prisioneros apolonidas, desterrados de los Eliseos en castigo de su amor por las hijas y los hijos de los hombres. Porque todos son prometeidas, robadores del uránico fuego y encadenados al cáucaso de su propia carne, devorado por su propio buitre de dolor.

El Poeta es un soplo de lo divino errante entre los hombres, es el puente de los suspiros entre la terrena atormentada realidad presente y la serena realidad ideal. Con el impalpable polvo estelar de los ensueños, construye las vestiduras de púrpura con que se visten las verdades eternas, deidades que el Poeta descubre a causa de lo divino que de común existe en ambos. El Poeta es tal sólo en los instantes supremos en que su genio angélico, en que su sacro numen vierte ambrosía en el ciborio de su alma para hacerla fuerte, luminosa e inmortal entre las cosas oscuras, endebles y transitorias. Pasa por el mundo como áureo, encendido incensario pendiente de la mano de una virgen vestal dejando una sutil fragancia de devoción y eternidad.

Los dioses se hacen presentes entre los hombres por mediación de los Poetas. Porque los dioses que el paganismo amó jamás murieron; se alejaron de los hombres cuando sus ojos deslumbrados por una nueva luz dejaron de mirarlos y luego, de sentirlos. El Poeta es la antena que penetra en el mundo de los dioses y escruta su pensamiento que se viste de armonía y de luz para descender a hechizar las almas de los hombres.

Como las platónicas Bacantes que en los momentos de posesión por el Dios de las aguas del río recogen leche y miel y vueltas a su sentido sólo encuentran las fluyentes aguas, así el poeta entresaca del mundo para donarlas a los hombres, la euritmia y la belleza con una alma musical.

(1) Hermoso estudio sobre Darío que leyó su autor la noche de la velada. *Athenea* se complace verdaderamente al dar tan brillante nota, publicando estas páginas inéditas del Maestro.

En la suya todo lo trajo Rubén Darío, porque su medio fué oscuro, casi mezquino: nada grande le dejó, si no es, quizás, la capacidad de comprender, por contraste, las cortes luiscatorcescas. Toda su existencia en Nicaragua, sus breves y leves amores, sus noches sobre el muelle, junto al lago, mirando las estrellas, escuchando el chapoteo o cliquetis del agua, su lectura de *Las Mil y una Noches* y aun de los prólogos de la Colección Rivadeneira, todo ello fué como el salón de pasos perdidos en donde hubo de esperar la hora de la partida, que habría de ser la del despertar de su alma, la del florecer de rosas de su lira. Pero también es cierto que iba en cinta su mente con un amor de Francia, el amor del gran Pastor de tempestades y de tardes serenas, amor de Hugo, el poderoso imán de la cadena magnética del *Ion* platónico.

En Santiago de Chile vió la luz su entendimiento de artista e incubóse la reforma de la lírica hispana. El mismo Rubén ha contado, a vuela pluma, ese período de su vida. Los crepúsculos inolvidables en el Parque Cousiño! A mi mente llega el recuerdo del sauce angustiado humedeciendo su melena esmeralda en la linfa del lago, y el banco junto al tronco desde donde solía el poeta mirar los crepúsculos del cielo repetidos en el agua.

Excelentes amistades en Chile. Entre otras, la del delicado Pedro Balmaceda,—muerto en la edad de los amados de los dioses—que le dió ocasión de ponerse en contacto con parnasianos y simbolistas franceses, con obras de arte, con el fasto de los palacios que habrían de servirle para sus cuentos en *Azul*. . . . Y luego, como hijo del gentilicio Presidente Balmaceda, le dió su posesión en Valparaíso, el escenario de *El Fardo*. Pero un rebaño de panteras—las Circunstancias—hismearon su Genio y anduvieron dándole caza como azusadas por el Hado de los Grandes para insinuarle la destreza y la certidumbre de su fuerza. Y desgarraron en verdad las panteras sus carnes y su nombre, su corazón y su fortuna, pero jamás alcanzaron su Genio. El cual debió de nuevo emprender el vuelo a la recuesta de su Jardín de las Espérides.

Sirvióle de barco encantado, como la alfombra verde de los cuentos orientales, su libro AZUL. . .

Con los mármoles y jaspes, con el ónix y alabastro de sus páginas levantó un mirador hacia todos los horizontes del Arte y a él subieron en procesión devota los jóvenes amantes de las letras en América. Con la publicación de este primer libro—Darío quiso ignorar sus predecesores y habla de éste como del primero—nació el poema en prosa para la Lengua Castellana. A Costa Rica llegó con Rubén en 1890 y se difundió enseguida. Cómo nos sedujo aquel estilo trabajado con primor a quienes vivíamos prendados de Calderón de la Barca y de Quintana, de Rioja y de Espronceda, de Herrera y de Núñez de Arce. *La Canción del Oro* me llenó de asombro, *Anagke* de ternura. Los sonetos alejandrinos fueron para mí revelación de nombres y de armonía.

Y a toda esa belleza la gloria de Valera ponía una orla de laurel. Se la leía con respeto. Y como la obra fué grande, hizo todo el bien y todo el mal que hacen las cosas grandes. La ninfa Eco echó a correr llevando en sus labios, como rosas melódicas, los cuentos de AZUL. . . a lo largo de América.

Su primer viaje a París fué un reconocimiento, una ubicación de cuanto ya se hallaba en su alma. Sus noches fueron de borrasca con el griego Moreas, en los mismos lugares en donde Verlaine se mofaba de la gloria. Pero iba, por fortuna, en tránsito para Buenos Aires. Y en la ciudad que él

ha cantado vivió para su bien y para gloria de las Letras del Continente, largo tiempo.

Allí toda su labor fué de admiración, de estudio y de entusiasmo.

Su entusiasmo permanente era un fuego bajo un encaje de ceniza. Su trato, en el primer momento, dejaba sensación de frío. El soplo de un nombre, el aura de un recuerdo, apartaban aquel encaje y se veía fulgurar la brasa de su entusiasmo. Todo él era una áurea lámpara ardiente ante el ara del Arte. Del Arte Universal, pues que jamás creyó que su Genio debía consumirse al pie del Momotombo atado. Para él, como para el Dionisos de las *Bacantes* de Eurípides, no existieron ligaduras que no devorase su fuego. Las ligaduras de su genio de artista; porque las otras, las de su cuerpo de apetitos que fué fardo de su alma, no pudo romperlas nunca y tirando de ellas le liberó la muerte, la «celosa» que él tanto temía.

Árbol de arpada fronda, de hojas sonoras como el cristal, pronto estuvo siempre a levantar su música de gandarva al más leve y fugitivo soplo del áurea brisa de su inspiración. Fué más bien su ser una permanente inspiración, un continuo soplo de lo alto sobre las líras de las cosas: todas sonaban melodiosamente a su conjuro o su contacto. Sentado ante el teclado de un órgano maravilloso, las más ligeras y delicadas pulsaciones suyas despertaban el canto armonioso de recónditos registros diseminados en las selvas y en el mar, en las ciudades y los cielos, en las bestias y los hombres. Los jardines de su memoria estuvieron siempre florecidos de rosas; en su corazón, el sosegado lago, siempre florecido de cisnes.

Y después de AZUL... los RAROS. Pero si allá mecíase la gran bandera del arrozal esmeraldino, aquí las espigas ya están maduras. El viento hace ruido de océano soplando sobre su amplia cabellera.

Los RAROS pasan y la América intelectual escucha sus palabras de renovación; son las palabras de las Sibilas en la anunciación de un más allá del Arte. Y la profecía se cumple: aparecen las PROSAS PROFANAS.

Como los recónditos sultanes opulentos de los prodigios árabes, Rubén envió hacia el mundo de castellana lengua sus poemas, como embajadores cargados de tesoros que nada sabrían decir de su amo, el recóndito sultán velado. Nada de él dicen sus poemas. Ellos reflejan, por haberla mirado, la luz de un extraño firmamento; conocieron las manos que les fijaron las alas para recorrer, en vuelo de hechizo, el mundo; pero son mudos respecto a la vida de su Dédalo. En este libro Rubén sólo dejó ver en su poesía insólitas vetas de oro, sin que asomase el cuarzo.

PROSAS PROFANAS es una violinata acentuada de violoncellos sonando entre los árboles de un parque, al borde de una agua cantante, en presencia de una barca velada de púrpura que se va hacia Citeres. Hay hilos de algodón de luna meciéndose entre los árboles y atando cánticos de plata, como flores de espuma, en la cabellera olorosa del aura que pasa repitiendo las voces de los violines.

Y el comprensivo admirador de Poe, escuchando las palabras de este milagro de la espiritualidad anglo-americana, jamás escribió un poema extenso. En un breve soneto—*Cleopompo y Heliodemo*—musicaliza la filosofía orfeica, y en la *Fuente* de las *Anforas de Epicuro* trascendentaliza como Emerson toda la conducta del artista, del poeta que habría de venir después de Darío; porque si éste ofrece y da la copa de plata—esto es, la forma y el ritmo—el joven deberá llenarla con las linfas de la fuente que lleva dentro de sí mismo.

Es la discreta confianza en nuestras fuerzas internas, predicada por el profeta de Concord y vaciada en prodigiosa miniatura de catorce hebras de cristal y melodía. Porque tejidos encajes, sedas, gros, en música labrados son sus versos. Sus estancias, en apariencia tan sencillas, presentan las eurítmicas complicaciones de las madreporas o de los «misterios» de las cuevas de Jenolán, tejidos en las rocas de caliza por la gracia murmurante y trasparente de las móviles agujas de agua, manejadas por las Ninfas de las cavernas.

El COLOQUIO DE LOS CENTAUROS pesa como si todos sus pensamientos fuesen rieles de bronce, no obstante la gracia con que se mueven. Bestias y sátiros, selvas y centauros de bronce son, sacudido todo por un sonoro viento de oro. Quirón posee la sabiduría del platónico Timeo y conoce el Canto sexto de la *Encida*: «sobre el mundo tiene un ánima todo».

«Cada hoja de cada árbol tiene un propio cantar,
 «Y hay un alma en cada una de las gotas del mar.
 «Toda forma es un gesto, una cifra, un enigma,
 «En cada átomo existe un incógnito estigma».

Y la flexibilidad de tales alejandrinos les convierte en armoniosas cuerdas de viola.

Hay, pues, en el espíritu de Rubén, un santuario destinado a la Filosofía, todo hecho de gracia y de helenismo. Quirón aprendió versos de Eurípides, con los cuales construyó las dóricas columnas del santuario destinado a conservar la filosofía timeica que veneraron Virgilio y Cicerón. Pero nadie ha osado llamar filósofo a Rubén, tan sabiamente fundió en sus formas de arte su pensamiento trascendente. Como sin luz no existe ardiente flor alguna, sin Filosofía no existe el arte eterno y verdadero. Por eso su Poesía—como él lo dijo—es suya en sí. Su vino tiene el sabor de su sarmiento.

Como en connubio de primavera y sol, en el Arte de Rubén todas las formas son hijas de la música y la luz del pensamiento; en cada uno de sus mejores versos se oye el sugerente rumor del beso de un numen interno aleutando de amor en las pequeñas copas de berilo o de zafiro de cellinesca factura. Porque las palabras elegidas por él poseen brillo y color, y proceden, como las piedras de precio, de las más antiguas vetas de la lengua. Las formas de su Arte nacieron en su alma, enamorada de Grecia y de Francia, de Francia que es la gracia de Grecia encarnada en la fuerza de Galia.

La excelencia de la poesía de *Prosas Profanas* está en esa bella alianza de la sensualidad y lo espiritual, de sátiresa y de ángel, con el extraño privilegio de que la belleza de éste sutiliza y ennoblece la hermosura de la semi-bestia hasta imprimir en sus facciones las huellas de sus besos angélicos.

Es sedante el poder de la poesía de Rubén. Suaviza, eleva y da contento. Quienes conocieron los extravíos, por abulia, del poeta, pueden sentirse extrañados de que su Arte eleve; pero revelarían con su asombro que desconocen los senderos por donde el favor de los dioses se allega a los hombres; que suele la culpable cabellera de una hetaira de Magdala florecer de unción al contacto de los pies de un Nazareno.

Cuando la Naturaleza se entra por los cuatro setos luminosos de una estrofa, ella se hace inmortal, porque ha adquirido con ello el don de la omnisciente elocuencia del corazón que conmueve las almas de los hombres.

Son celdas conventuales las palabras en donde suelen refugiarse las Musas y las Gracias. El poeta las descubre y ellas le compran de nuevo la libertad dejando en sus celdas la imperecedera fragancia de su presencia de un

instante. Rubén sorprendió el secreto de la palabra. Arbol-lira es la palabra en donde el más ligero contacto o soplo humano levantan un rumor que conmueve, descendiendo hacia su raíz, la sabiduría de todas las generaciones de la raza a que pertenece la palabra con propiedad intrasferible.

La posesión de ese poder de evocación constituye la fuerza hechizante de **PROSAS PROFANAS**.

Y después los **CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA**. El triunfo definitivo del verso libre y del exámetro. En la *Marcha Triunfal* sones de la épica trompa, del olifante de Rolando. La espada de Cyrano; blancas teorías de cisnes sobre los lagos. Y primavera y cantos de resurrección. Y la victoria final de la Reforma de la lírica hispana realizada por el esfuerzo genial de un hijo de Hispano-América. Es éste su mejor título de gloria. Y Garcilaso y Góngora y Rubén Darío, para la historia de la música de la lengua de Berceo.

Y fué minero Rubén. No se contentó con el estudio de las formas siglaureas, sino que en busca de las tesorosas vetas de la lengua adquirió la visión y la audición de estancias y melodías preclásicas. La revolución de la Lírica hispana se inspiró en los movimientos similares del Parnaso y Simbolismo franceses al mismo tiempo que en las formas anteriores a Boscán. La influencia italiana, introduciendo en el Castellano de resonante manera el endecasílabo de Dante y Petrarca, empobreció, enriqueciendo, los ritmos de nuestro Romance, porque acabó con la costumbre de emplearlos. Darío les levanta y les hace cantar de nuevo. De esa suerte vienen al idioma de Castilla todos los instrumentos musicales de la gran orquesta. A fuerza de cesuras y pausas, a fuerza de trabajo con sílabas largas y breves ha levantado su catedral de armonías, en donde todas las piedras cantan.

Al encaminarse Rubén por la segunda vez al venerando solar de Iberia fué, como una flor de poesía, como una maravillosa flor armónica, a prenderse en la lírica arboleda hecha de siglos de Castellano ingenio. Y fué admirada la flor, y su fragancia trascendió parques y fuentes. Una nueva muy antigua armonía estremeció liras y laudes, y de los viejos cancioneros despertaron trovadores con los layes en los labios y las trovas en las liras.

Pero este instrumento por él tan amado ya no puede ser el símbolo del autor de **PROSAS PROFANAS**, sino el órgano orquestal de centenares de registros, del bordón y violoncello del primer teclado al clarín del tercero: todas las flautas y todas las trompetas, la unda maris y la voz celeste, sobre todo, la voz humana de trémolos dulcísimos. La música de Darío deja resquemores de Schumann. Como en el estilo de este romántico, nada en Darío es inútil; suele, como el músico de Sajonia, preterir la melodía, preocupándole la armonía del conjunto, la música interior, como él la llama. Y rige los motivos melódicos a la manera de los grandes músicos: leed *Augurios* en los *Cantos de Vida y Esperanza* y notaréis el motivo dirigente en cada estrofa, con las variaciones modulantes de la idea que continúa avanzando hacia su final desenvolvimiento. Nuestra poesía le debe los registros armónicos que no tenía o que ya había perdido.

Y su **CANTO A LA ARGENTINA**, llamamiento a todas las razas del orbe, para que se asienten en aquel vastísimo Sahara fecundo, junto a un mar de aguas que no amargan, y a la sombra de una Babel donde todas las lenguas se entienden. Canto de glorificación y de augurio de grandeza que se levanta como el ensueño de un Harún Al-Raschid sobre una vasta pampa

de esmeralda y de cristal; ciudad de oro y de violeta sobre el horizonte suspendida como una puesta de sol sobre los Andes.

Y este poeta a quien se consagrará un monumento en el corazón de Francia y que ha merecido el homenaje de las Letras de América y de España, jamás alcanzó la *áurea mediocritas* que hizo posible la existencia del lírico cisne del Tíber. No se irguió la América para reclamar para su gran poeta el Premio Nobel que merecía por su obra de poético encanto y sobre todo, por la milagrosa resurrección de la materna lengua común de España y de América enlazadas para siempre en el cantor de *Tulecotzimí* y del *Cid*. Poeta noble, aun en sus caídas, pasó por el mundo con el alma siempre en cinta de nuevas armonías. La juventud de nuestro tiempo le debe este consejo: «juntos para el templo; solos para el culto. Juntos para edificar; solos para orar».

Y que el alma de este poeta, embalsamada con todos los ungüentos de la siempreviva Inmortalidad, custodie, como en vela de armas, todas las lirás de nuestra lengua y todas las legítimas bellezas de nuestra Raza.

R. Brenes Mesén

A Rubén Darío (1)

En el Olimpo

Ya cantes a Afrodita, celebres a Sión
O de un Cristo futuro vislumbres los fulgores,
En tus rimas excelsas vibra la inspiración
Con tronar tempestuoso de un vuelo de condores!

Qué desfile nos brinda tu divina canción:
Lelián, Goya, Cyrano, los cisnes, tus amores,
Y el grave Don Quijote, y Mitre, el gran Campeón,
De tu marcha triunfal al són de los tambores!

Quisiste a la Marquesa, amaste a la loreta.
Cantor pagano y místico, bohemio y monacal,
Y en medio de París fuiste un anacoreta!....

A remolque de un cisne, por tu ideal Escalda,
Remontastes el vuelo, cual nuevo Parsifal....
La Quimera hoy te brinda sus ojos de esmeralda!

Alceo Bazera

(1) Recitado por su autor en la velada Darío-Rodó.



Exaltación serena ⁽¹⁾

A la memoria de Rubén

Acallen su dolor las oraciones;
acallen las campanas su tañido;
canten himnos de paz los corazones,
que en el regazo ideal de sus canciones
el olímpico cisne se ha dormido.

Que irrumpa con los oros de su acento
una heráldica trompa de grandeza
para la exaltación de este momento,
en que el Príncipe Azul del sentimiento
deja el cetro imperial de la Belleza.

Y callad..... Sube el fuego de una pira
que asciende gigantesca como un monte
sobre el símbolo rojo de una lira.
No es un pebete místico que expira:
es un cráter que incendia el horizonte.

La visión inebriante se confunde
en un extraño ascenso de cometa
que en lo más alto del confín se funde.
Y la cabeza enorme del Poeta
es un monte hecho astro que se hunde.

Después, se apaga todo..... Se obscurece
la amplitud silenciosa del desierto.
Asombrada la tierra se estremece
y en la hora apocalíptica parece
que el sol cansado de alumbrar se ha muerto!

Callad... Se oye un rumor como de vuelo
en el asombro negro del vacío.....
Un claror luminoso rasga el velo
y a golpes de ala piérdese en el cielo
un pájaro inmortal: Rubén Darío.

Rogelio Sotela

(1) Recitado por su autor la noche de la velada en homenaje a la memoria de Darío y Rodó.

Detalles curiosos sobre Darío

El corazón de Rubén Darío

Esta víscera del poeta se halla actualmente en poder del ilustre Doctor Debayle, médico de cabecera de Rubén Darío hasta sus últimos instantes.

Se fabricará una urna riquísima para conservar el corazón del bardo, que murió mostrando un semblante saturado de grandeza y una desvanecida sonrisa desdeñosa.

El cerebro

Grande fué la admiración que despertó entre los presentes, el tamaño extraordinariamente enorme del cerebro de Rubén Darío. Debayle quería conservarlo, pero Andrés Murillo, deudo inmediato del poeta, se apresuró a retenerlo para sí, llevándose para Managua. *La Nación* de Buenos Aires ha ofrecido *cincuenta mil dólares* por el cerebro del eximio cantor de los cisnes.

Último cuento de Rubén Darío

Cuando lo iban a operar, él no lo advirtió; y pasada la operación se enfureció hasta el grado de incorporarse en su lecho en actitud agresiva contra el Doctor Debayle.

Después hizo llamar a su viejo amigo, don Abraham Tellería, a quien le refirió la siguiente historieta:

«Cuentan de un caballero vienés que en su lecho de enfermo, hizo llamar a un célebre cirujano, quien, por ser cirujano, aconsejó la operación. El paciente se negó, diciendo que padecía de tales males y cuáles enfermedades y que la cuchilla era peligrosa para su existencia; pero el cirujano, metido en sus trece, lo anestesió y practicó la temida operación.

Por supuesto, sobrevino la gravedad, y comprendiendo el caballero vienés que se acercaba su última hora, tomó una pistola, la escondió bajo las sábanas y envió a llamar al cirujano operador.

Cuando el cirujano se inclinaba para oír los golpes del corazón del enfermo, sonó un disparo, y cuando llegaron los deudos, encontraron dos cadáveres».

Y acercándose el poeta al oído de su viejo amigo Abraham, le dijo:

—Consígueme un revólver... y me vas a llamar a Luis.

Al pie de San Pablo

El cadáver fué sepultado al pie de la estatua del Apóstol San Pablo, entre el presbiterio y el púlpito. En la columna del Apóstol se hallan las cenizas de Monseñor Dean Rafael Jerez.

Debayle cortó algunos cabellos y desprendió la corona de laurel, para el Museo Darío que se fundará.

Don Hermógenes Avilés Pereira permaneció custodiando el cadáver hasta depositarlo en la fosa en el cajón de madera. El mismo Avilés Pereira echó la primera palada de tierra, y la segunda, don Domingo Salinas.

Después siguieron echando tierra sobre la fosa los estudiantes y miembros del «Comité Darío».

A las diez de la noche la multitud abandonaba las naves de la iglesia, después de haber escuchado la *Marcha Triunfal* del Profesor don Luis A. Delgadillo.

Rubén Darío tradicional

A Rubén, de ocho o nueve años de edad entonces allá por el año de 1872, lo criaba su tía abuela doña Bernarda Sarmiento de Darío, la viuda del Coronel Félix Ramírez Madregil, llamado popularmente el «Bocón Medregil». Una vez le dijo ésta a don José Rosa Rizo:

—¡Qué hago con Rubén, don Rosa! Me le está echando a perder Felipe.

La señora aludía al Doctor don Felipe Ibarra, que le daba lecciones de primeras letras a Rubén.

—¿Y con qué está Felipe echándolo a perder al muchacho? —preguntó don Rosa.

—Pues enseñándole a hacer versos —contestó doña Bernarda. — Va a arruinármelo. ¿Qué me aconseja Ud?

—Pero Rubén no hará más que copiar los versos de don Felipe, doña Bernarda, y no veo en esto ninguna ruina.

—¡Qué sabe Ud. don Rosa! Si Rubén los hace sacados de su cabeza.

—Rubén, señora. . . . ?

—¿Y quién otro, pues?

—Es que Felipe. . . .

—Rubén, don Rosa; yo le he visto escribirlos. ¡Vea para qué he querido que mi muchacho aprenda con Felipe alguna cosa! Me le arruinó, don Rosa, enseñándole a hacer versos!

Rubén dormía en el suelo de la sala, cuando este diálogo, a los pies de doña Bernarda, que estaba sentada, con su portentosa cabeza sobre el ruedo de las enaguas de su tía abuela. Esto era común en Rubén.

—Doña Bernarda—dijo el Dr. Rizo, picado en su curiosidad—¿tiene Ud. algunos versos escritos por Rubén?

Sí, don Rosa—contestó la viuda—los que escribió ayer.

Y doña Bernarda se levantó de su asiento con cuidado para no despertar a Rubén. Se dirigió a la gaveta de una mesa y sacó un papel.

—Aquí están los versos, don Rosa—dijo entregando el papel al Director del Colegio de San Fernando.

Este, admirado, abriendo tamaños ojos al leer:

—¡Doña Bernarda! Así no hace versos Felipe!

—Pero si le digo que Rubén los saca de su cabeza. ¿Que no se fija en la letra, don Rosa? Felipe es quien tiene la culpa. ¡Se arruinó el muchacho!

—¡Qué van a ser de Felipe estos versos! La letra es toda arañosa, e ilusión con *h* y con *c* y *estreyas* y *coracón*. Pero ¡qué ideas de muchacho!

—¿Qué dice don Rosa? Qué me aconseja? Sigo mandándole a Felipe?

—Pues le aconsejo a Ud. que no se alarme: que Rubén siga con sus versos porque presiento que será un gran poeta; y que Felipe no le está enseñando a hacerlos, porque esto no se enseña, señora.

INEDITO VALISO (1)

Un duelo de América: Rodó

Impresión muy semejante a la experimentada cuando murieron inesperadamente Jesús Castellanos y José Sixto de Sola, ambos en plena juventud y en plena actividad intelectual, sentimos ha poco al saber la noticia de la muerte de José Enrique Rodó. No le conocíamos sino por sus obras, por cartas y referencias, y el efecto de la mala y súbita nueva fué tan fuerte y doloroso en nosotros como el de la desaparición prematura de aquellos dos jóvenes escritores cubanos a quienes tratábamos a diario y a quienes personalmente queríamos tanto como admirábamos intelectualmente a Rodó.— Cuando Castellanos y Sola murieron, sentimos que algo muy nuestro, muy íntimo y muy unido a nuestra propia vida se iba también con ellos; y ahora al desaparecer para siempre el gran escritor uruguayo, la misma sensación de inexplicable desprendimiento interno sufrimos, la misma intensa melancolía invadió nuestro espíritu: la melancolía de la eterna ausencia de hombres con cuyo intelecto superior estábamos en contacto, el pesar hondo e indecible de quien siente la amargura de ver cómo se pierden para la América nuestra, cuando más podíamos esperar de su amor a ella, figuras intelectuales llamadas por su talento y su cultura a ejercer influencia benéfica en sus países de origen, y refleja en cuantos están ligados por el fuerte lazo común de la materna lengua castellana.

El egregio escritor muerto el 3 de mayo último en Palermo, Sicilia, no era de los llamados a ejercer esa influencia, porque ya la ejercía en alto grado sobre toda la juventud americana, que le amaba y le llamaba Maestro; pero sí era, por no contar aún cincuenta años, el llamado a intensifi-

car esa influencia, a encauzarla y extenderla todavía más a nuestros países necesitados de sana orientación espiritual, por la serenidad y la belleza, la tersura y la exquisitez de su prosa límpida y brillante, sugerente y armoniosa, inspirada siempre en los más elevados principios de rectitud, de bien y de moral humana.

Su obra literaria es un modelo de dicción moderna y castiza a un tiempo mismo, tan hermosa por la forma impecable en que hace lucir las galas del idioma cual joyas de preciado valor, como intensa y eminente por el fondo útil, por el fin noble a que de continuo tendía la pluma segura y admirable de aquel mago del estilo, guiada sin cesar por una mano experta que recibía siempre su impulso del corazón y lo regulaba con el cerebro, con aquel su poderoso cerebro cuyas clarísimas luces fueron a extinguirse lejos de la tierra nativa y entre los resplandores del incendio inmenso cuyos estragos pudo Rodó ver de cerca en Europa. No sabíamos que antes viajara sino a Chile; y las impresiones de éste su primero y único viaje fuera de América han sido maravillosamente descritas por



José Enrique Rodó

fallecido en Palermo, Sicilia, el 3 de mayo 1916

él en la revista semanal *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, que a ese efecto le pagaba un sueldo como todavía entre nosotros no se ha soñado jamás en pagarle a un hombre de letras.....

Y la obra literaria suya, iniciada en firme en 1895 al publicar en Montevideo el primer número de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, dirigida por él, Víctor Pérez Petit y los hermanos Carlos y Daniel Martínez Vigil, cobra de súbito grande notoriedad con la publicación, poco después, del famoso artículo *El que vendrá*, reproducido enseguida por el periódico montevideano

(1) A la fina atención del Maestro García Monje debemos la feliz oportunidad de publicar en nuestras páginas este hermoso trabajo sobre Rodó, de la pluma admirable de Carlos de Velasco, que es un ferviente arriero de Cuba. ATHENEA agradece la distinción de confiarle estas valiosas páginas inéditas y aprovecha la ocasión para expresar su simpatía al señor de Velasco.

La Razón, que dirigía entonces Samuel Blixen, literato uruguayo notable. La fama de Rodó, hasta aquel instante casi desconocido, fué cimentada con la resonancia de ese artículo donde su espíritu inquisitivo e inquieto vislumbraba, afirmaba ya, una renovación de valores ideales en el mundo; y desde entonces fué extendiéndose rápida y mercedosamente su renombre en la publicidad de nuevos y cada día más importantes artículos y estudios que confirmaban y reafirmaron el juicio desde un principio acerca de su gran valía formado, para culminar casi de pronto en el más unánime aprecio y la más vasta difusión de su valor y de su nombre por todo el Continente, que hizo suya, es decir, como propia de cada uno de los pueblos americohispanos y de todos en común, con rara e insólita comunidad de espíritu, la gloria nacional uruguayana en el florecido campo de las letras americanas.

A esta aceptación general y espontánea de un pontífice literario, por naciones tan puntillosas como las nuestras en lo tocante a la supremacía del intelecto y a la independencia política, no fué, desde luego, ajeno el aire amable y cordial de que estaba y estuvo siempre impregnada la obra de quien con tanta sencillez como elegancia y dignidad oficiaba de tal pontífice, sin pretenderlo y sin quizás darse cuenta de que tenía su grey acatándole de grado—principalmente por la hermosura perenne y renovada de su ideal de perfección de la palabra escrita,—siguiéndole, admirándole y aumentando en proporción a las mercedes dispensadas por su amplio talento generoso en rítmicas páginas leídas con avidez y reproducidas cien veces por inúmeros sacrificantes en la propia ara de la belleza de la forma, devotos, como él, de las múltiples y variadas manifestaciones que ofrece; pero, sin duda alguna, lo que por unánime y no consultado ni discutido asenso más contribuyó a exaltarle a aquel puesto y a recibir sus palabras como las de un nuevo evangelista, fué su célebre y conocido ensayo titulado *Ariel*, que dedicó «a la juventud de América», del cual se han hecho nueve copiosas ediciones, la última el año 1911 en Montevideo por el editor José María Serrano. Las ocho anteriores se hicieron, respectivamente, en la propia ciudad las dos primeras y el año 1900 «la segunda con prólogo de Clarín»; la tercera en la República Dominicana, en 1901, como suplemento de la *Revista Literaria*; la cuarta en nuestra ciudad de Santiago de Cuba, también como suplemento de otra publicación, *Cuba Literaria*, fundada y dirigida hace años en la capital de Oriente por nuestro compañero Max. Henríquez Ureña; la quinta y la sexta el año 1908 en Méjico, en la ciudad de Monterrey y en la capital federal, por órdenes respectivas del Gobernador del Estado de Nuevo León y de la Escuela Nacional Preparatoria (creemos que a una de estas ediciones, o a las dos, no fué ajeno nuestro citado compañero Henríquez Ureña, entonces en

la República Azteca); la sétima fué publicada en Valencia, España, por el editor Sempere en el propio año; y la octava empresa en 1910 en Barcelona, como la novena y última que conocemos, por la casa de Heinrich y Compañía y por cuenta del editor Serrano, de Montevideo.

Sobradamente conocido es *Ariel* para que nos detengamos aquí a dar una síntesis de las prédicas novilísimas dirigidas en esas páginas por Rodó a la juventud de todos los pueblos americanos, ni siquiera a examinarlas rápidamente. Sólo diremos que, así como su infortunado reciente viaje a Europa abrió a su cultivado espíritu nuevas y anhelosas perspectivas, una visita a la gran fragua humana denominada Estados Unidos de la América del Norte le hubiera hecho ahora modificar, tal vez algunas de las conclusiones a que llega en ese libro pequeño por el volumen, pero grande e inapreciable por sus enseñanzas y los ideales superiores que le movieron a escribirlo y por el pensamiento alrededor del cual gira principalmente el autor: la soñada solidaridad americana, la de las repúblicas nacidas del viejo tronco hispano, al que admiraba y seguramente amaba por su historia deslumbrante y fascinadora, pero del que sólo quería, como nosotros, el espíritu de grandeza y no los métodos ni la vida; porque sin duda la contemplación del rápido progreso de las unas y del lento adelanto del otro le llevaban a concluir, como también a nosotros, que el destino de aquéllas y el de éste son ya muy distintos en el mundo. Y esta idea, expresada sin eufemismos en su página *La España niña* y en muchas otras (véase *El Mirador de Próspero*), se refleja casi con perfecta claridad en uno de sus últimos artículos escrito en Roma, *Pensando en América*, reproducido en 29 de abril próximo pasado por la *Revista de Revistas*, de Méjico, y también con el título de *La unión espiritual de América*, por *El Figaro* de La Habana en su número del 3 de junio. ¡Ni aun distante, ni aun embargado por las mil y una sollicitaciones que su selecto espíritu artístico tanto deseó, dejaba de pensar en el ideal acariciado en *Ariel* y fijó en su mente como en la de tantos otros grandes hombres de América!

Toda la obra del ilustre pensador uruguayo, cuya pérdida ha repercutido con eco dolorosísimo en nuestros pueblos por él amados y que le amaban porque sentía y expresó siempre Rodó gran orgullo legítimo y altivo en llamarse americano, vibra y aparece animada por este pensamiento hermosísimo de la más grande América, una y diferenciada en cada nación, ligados todos sus pueblos descendientes de Iberia en una sola unidad espiritual; porque en su amplia concepción del origen y de los derivados—para los altos fines de aquella unidad estrictamente americana—comprendía también a Portugal y al Brasil, y quería a España «embebida, o transfigurada, en nuestra América: sí»—dice en *La España niña*—; «pero la

quiero también aparte, y en su propio solar, y en su personalidad propia y continua». (Véase, asimismo, el artículo titulado *Ibero-América en El Mirador de Próspero*).

Bolívar y él se daban la mano, con las naturales diferencias de procedimientos, época y alcance ideológico, en el mismo fin generoso y constantemente anhelado de unir a los hijos de América en una sola aspiración colectiva. Y Bolívar le inspiró, como le inspiraron Montalvo, Darío y Juan María Gutiérrez, uno de sus más justamente celebrados estudios, dado a conocer en Cuba primeramente por nosotros en el diario habanero *La Discusión*, hace cinco años, tan pronto como en agosto de 1912 apareció en el número de *La Revista de América*, la excelente publicación recién fundada entonces en París por el muy notable escritor peruano Francisco García Calderón y dirigida por él hasta que comenzó la guerra en Europa.

Ese estudio sobre Bolívar es en realidad maravilloso. No sólo por el juicio integral de la inconfundible, varia y atrayente personalidad de aquel genio y de su acción histórica estupenda en cuanto a la libertad y a las instituciones políticas americanas, sino para la sorprendente y difícilísima unión de la más rica, de la más suntuosa expresión literaria con la más acordada medida del concepto ajustado y relevante y la pintura más exacta del medio, de los hombres y del hombre. Igual así en las páginas también inmortales que consagró a Montalvo, a Gutiérrez y a Darío, tan sobresalientes los tres estudios, por idénticas cualidades y calidades de forma y fondo, como el imperecedero dedicado a honrar majestuosamente la legendaria figura, la altísima memoria y la deslumbradora epopeya del Libertador, del «grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes», y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza».

Puede decirse que nada de cuanto Rodó produjo deja de tener algo de la alada sutileza del aire, del grato perfume de la flor, de la sonoridad perennemente distinta y vibrante de la cascada, de la movilidad grácil y nunca igual de la onda, del plácido y suave murmullo de límpida linfa, del majestuoso vuelo del águila caudal, del blando aletear de un pájaro, de la radiante y riente claridad de una mañana de abril, del indefinible tinte melancólico de un atardecer otoñal, de la gracia eterna y constantemente renovada, en fin, de la belleza en sus más puras manifestaciones; porque su manera de expresar, de decir su pensamiento, era siempre serena y henchida de la armonía del color, de la luz y del sonido, desenvolviéndose en períodos firmes y cadenciosamente modelados por la suprema distinción que les comunicaba su dominio perfecto de los secretos del idioma y la alta

mira de los asuntos que trató con absoluto desinterés y la más acendrada probidad intelectual.

Buena prueba de esto último son sus observaciones y reflexiones reunidas en un opúsculo intitulado *Liberalismo y Jacobinismo*, impreso en Montevideo en 1906, resultante de una polémica sobre asuntos religiosos. No puede darse más acabada exposición de tolerancia completa—que pregonan, sin practicarla nunca, los más intolerantes, los que aparecen como defensores de la religión generalmente practicada en la América nuestra—, ni mejor ni más alta comprensión del noble sentido humano de las cosas atañederas al mundo del espíritu, a lo inefable, a lo desconocido. Son páginas indudablemente dignas de lectura detenida y meditada, por el vigor de la argumentación y la encantadora dulzura con que habla de Jesús de Nazareth y de su modo de interpretarlo, tan distinto y distante de la manera como cree que lo comprende la inmensa mayoría, la casi totalidad de quienes lo elevan a divinidad, y también tan distante y distinto del modo como lo ven quienes niegan en absoluto la existencia de aquel hombre divinizado por la necesidad—que parece inherente a todos los hombres de todas las épocas, salvajes o civilizados—de creer en algo superior a los semejantes suyos, en algo invisible e indefinible, en el Enigma, como lo llama Rodó.

Quizás esta misma idea de lo infinito inconocible, presente y cambiante, le llevó a escribir su incompleta obra maestra, aquella que le consagra como pensador profundo y buscador sempiterno de la verdad, del bien y de la belleza: *Motivos de Proteo*. En este libro, del cual conocemos la segunda edición hecha en Montevideo el año 1910, es donde está el alma sutil y compleja del grande hombre a cuya memoria consagramos estas líneas de recuerdo cariñoso y de gratitud, porque cariñoso le teníamos y gratitud le debemos por las muchas horas de pensar y de sentir que sus escritos nos hicieron conocer, especialmente las páginas imponderables de esos *Motivos de Proteo* en que hay tanta novilísima enseñanza, tanta provechosa reflexión, tantos fecundos ejemplos encaminados por modo invariable al mismo fin de abrir más amplios horizontes al espíritu, saciar de algún modo la sed de saber, el ansia del más allá; libro en perpetuo *devenir*, como dijo de él su propio autor, en que todo gira en torno a un primer pensamiento capital; reformarse, transformarse siempre, porque es la ley de la vida. Pero reformarse, transformarse por la propia obra de bien y de justicia realizada en el curso de la existencia de cada hombre, tendiendo sin cesar a conocerse a sí mismo y al mejoramiento moral por la voluntad de ser más, de ser superior, de llegar a un plano más eminente que el del nivel medio de la heterogénea muchedumbre humana, y entonces desde la cumbre derramar sobre quienes no pudieron o no quisieron ascender, sobre los abúlicos y desco-

nocedores de aquella sabia ley reguladora, los dones adquiridos y la experiencia acumulada. ¿Puede darse más elevado fin?

Las lindísimas parábolas en que abunda este libro único en la literatura americana, bastante por sí solo a colocar en el más pródigo sitio a quien lo escribió, deberían ser divulgadas incesantemente por toda la América de habla castellana, tan necesitada de ejemplos confortadores, para que estuviesen al alcance de cuantos han menester del impulso externo para sacudir su inercia, su abulia. ¡Y son tantos!... De algunas de esas parábolas se han tirado ediciones aparte, como las dos ya agotadas de las tres que se intitulan *Los seis peregrinos*, *La pampa de granito* y *La despedida de Gorgias*, sin contar las numerosas reproducciones que de muchos pasajes de *Motivos de Proteo* se han hecho en revistas y diarios americanos. Conocemos una de esas ediciones, ilustrada con primor por el entonces joven y ya sobresaliente dibujante José Luis Zorilla de San Martín, hecha en Montevideo en 1909 y contentiva de las tres parábolas antes mencionadas. La segunda de ellas «no vacilamos en decir que ha ejercido una gran influencia en la formación de nuestro carácter» es *La pampa de granito*, dada a conocer al público de La Habana por Jesús Castellanos al inaugurar en nuestro Ateneo la Sociedad de Conferencias, el 6 de noviembre de 1910, con la brillantísima que pronunció aquella memorable mañana sobre *Rodó* y su «*Proteo*».

Llamamiento concreto y elegante a la displicente voluntad de nuestros intelectuales de entonces, la clarinada del joven idealista cubano tuvo la virtud de mover un poco las adormecidas energías de algunos bienintencionados compatriotas a quienes tocó en lo íntimo la vibración de aquellas palabras animadas por el más ingenuo buen deseo; pero pronto cayeron de nuevo en su letal somnolencia, que sólo interrumpe, violenta y esporádicamente hoy, de tarde en tarde, algún suceso inesperado; y que esta vez ni la muerte del eximio crítico uruguayo, en cuyo honor pronunció Castellanos aquella conferencia, ha sido bastante a sacudir. Y eso que se trata de la irreparable desaparición del autor de la más vigorosa parábola sobre el poder y el valor de la voluntad, que es la titulada *La pampa de granito*. Esperamos, sin embargo, que la Sección de Literatura del Ateneo de La Habana, institución exponente de la cultura nacional, sabrá al fin responder hoy, como respondió antes Castellanos en su momento y sin la obligación de hacerlo, al ineludible deber en que estamos cuantos en Cuba tenemos contacto con las letras; cuantos de algún modo sentimos profundamente este duelo de América, de honrar dignamente la memoria insigne del famoso profesor de energía que se llamaba José Enrique Rodó. Brindamos para ello nuestro concurso en todos los órdenes.

Porque además de deber en el Ateneo, por su historia y su significación, es justicia en nosotros. De su último libro citado ya, *El Mirador de Próspero*, nos dedicó un ejemplar al comienzo del año 1914, tres meses después de terminada la edición que empezó a circular a fines de 1913, con las siguientes alentadoras palabras que siempre le agradecemos: «*A mis amigos de Cuba Contemporánea, con sinceros aplausos por la obra que llevan adelante*. Y poco tiempo después nos escribía la carta que dice así:

Montevideo, 25 de junio de 1914.

Señor don CARLOS DE VELASCO

Habana

Distinguido señor y amigo: Debo a Ud. contestación a varias cartas suyas, todas ellas muy gratas para mí. No olvido a su revista, que verdaderamente honra a la intelectualidad de Cuba. Pero estoy presentemente tan absorbido por tareas, no siempre literarias, que no he hallado aún el momento para satisfacer su honroso pedido de colaboración. Confirmo, sin embargo, mi voluntad de satisfacerlo.

El estudio sobre Martí a que Ud. se refiere es una idea que aún no he realizado, si bien me agrada e interesa el tema muchísimo. En caso de que lo escribiera en breve, puede Ud. estar seguro de que enviaría a Cuba Contemporánea las primicias de él.

Estimo y agradezco de todas veras su afectuosa bondad para conmigo. Sabe Ud. cuán sinceramente le aprecia y con cuánta simpatía le acompaña en su obra su amigo affmo.,

JOSÉ ENRIQUE RODO

Nunca, por desgracia, llegó a enviarnos ese trabajo sobre nuestro Martí, que sin duda hubiera sido digno rival de los pocos por él dedicados a estudiar figuras de primer orden en el mundo americano literario; pero sabíamos que lo preparaba y hasta que su pensamiento era venir a Cuba para documentarse sobre el terreno. ¡Lástima grande que su excelsa pluma no pudiera rendir el homenaje de su inteligente admiración pública a aquel excelso cubano más estimado ¡oh dolor!, en los otros pueblos de América que en el suyo propio! ¡Lástima grande, también, que haya muerto Rodó sin habernos proporcionado el placer de darle aquí la bienvenida y de estrechar la mano que tantas páginas exquisitas dejó y que debieran ser recogidas íntegras en una edición nacional de sus obras completas, para difundirlas desde el Uruguay por todos los ámbitos de esta América por él tan amada!

Sin embargo, uno de nosotros, es decir, uno de aquellos jóvenes escritores cubanos a quien

consideramos tan unido a nuestra labor como si fuera de los fundadores de esta revista, José Antonio Ramos, ahora en la Habana, tuvo la suerte de estrechar la mano de Rodó en Lisboa, cuando nuestro compatriota desempeñaba allí hace poco el cargo de Vicecónsul de Cuba y Rodó llegaba a la capital lusitana en ese viaje del cual no ha vuelto con vida. El Maestro fué a visitar al compañero estimadísimo, y nos hizo la honra de preguntar a éste con marcado interés por nosotros, por *Cuba Contemporánea*, antes que por ninguna otra cosa de la Patria. Así nos lo refirió en carta reciente el laureado escritor cubano, y así nos lo confirmaron sus palabras en estos días de su llegada a la tierra natal.

No relatamos esto sino para probar la importancia positiva que Rodó atribuía siempre a toda manifestación intelectual y hasta qué grado estimaba la labor que venimos realizando persistentemente desde 1913, sirviendo de fuerte lazo de unión entre nuestros compatriotas escritores y quienes tienen en América iguales aficiones o dedicación que ellos; para demostrar que no era vana palabrería en él su afán de estrechar vínculos con todos los hombres y entre todos los pueblos americanos de nuestra raza, porque sabía que las afinidades intelectuales ligan más, infinitamente más que todos los diplomáticos y todos los congresos del mundo.

Y aun mirándolo desde un punto de vista estrechamente cubano, local, ningún homenaje será más merecido que éste que debemos rendir por medio de todos nuestros centros y órganos de cultura a quien hizo a Cuba no hace mucho la justicia de reconocer públicamente, con honradez y sin vacilación que le enaltece, el aquí poco menos que desdeñado valor de nuestra producción intelectual considerada en conjunto. Al embarcar rumbo a Europa en el vapor inglés *Avon*, fué Rodó entrevistado por un periodista argentino que firma Julián de Charras; y entre las varias preguntas que éste le hizo figuraba la siguiente: «¿Qué países americanos cree usted que se destacan al presente por una literatura más vigorosa y por un temperamento más artístico?» El interpelado respondió:

Haciendo abstracción de mi país, sobre el cual el juicio mío carecería de imparcialidad, creo que en el período literario de los veinte años últimos, la Argentina, Venezuela y Cuba son los que han mantenido una actividad intelectual más intensa y continua. No me refiero a la obra de tal o cual personalidad excepcional, sino a la actividad literaria como obra colectiva.

El Ateneo de Santiago de Cuba, a excitación que nuestro compañero el Dr. Max Henríquez Ureña le hizo y fué inmediatamente atendida, pasó al Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Oriental del Uruguay en La Habana un telegrama de condolencia por el fallecimiento de Rodó, y se propone efectuar en breve

una velada en honor de éste. Llevará la palabra el citado compañero, y *Cuba Contemporánea* se propone traer íntegro a sus páginas el texto del elogio, que de seguro será valioso; pero, ¿qué se ha hecho en Cuba, qué se ha hecho en La Habana, la capital de la República y sede pregonada de grandes capacidades intelectuales, en honor de quien tan alto concepto tenía de la cultura cubana? Salvo un artículo breve del propio Henríquez Ureña en el diario santiaguense *El Cubano Libre* del 24 de mayo, otro del distinguido escritor Arturo R. de Caricarte en *El Figaro* del 27 del mismo mes, y algunas pocas reproducciones de recientes trabajos de Rodó en dicha revista semanal y en *Gráfico*, acompañados de sentidas notas necrológicas, con más el brevísimo comentario de los diarios cuando el cable transmitió la noticia de su muerte, nada en comparación con cuanto él merecía.

En cambio, el Senado de Venezuela acordó por unanimidad asociarse al gran duelo del Uruguay y de las letras americanas; la Cámara de Diputados de Méjico enlutó tres días su tribuna y resolvió enviar un mensaje de condolencia a la Representación Nacional Uruguaya, así como editar oficialmente *Ariel*; el Centro de Bellas Artes de la capital azteca celebró una solemne velada en memoria de Rodó, y las facultades universitarias de Méjico entornaron sus puertas en señal de duelo; la *Revista de Revistas* mejicana dedicó la mayor parte de su edición del 17 de junio a rendir elocuente homenaje al literato insigne; la Sociedad Jurídico Literaria de Quito, Ecuador, también celebró una velada en hora de él; el Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires le rinde asimismo, en la propia Facultad, el tributo de respeto y amor debido a su excepcional valer; la revista *Nosotros*, de la capital argentina, dedica especialmente un importante número de doscientas veintiocho páginas a enaltecer, por diversas buenas plumas, el inolvidable recuerdo de quien fué principal entre los principales; y la patria de Rodó, Uruguay, se conmueve en lo más íntimo: en Montevideo se le tributan significativos e inusitados honores: los diarios y revistas le ensalzan con justicia; las escuelas cierran sus puertas; la Cámara de Diputados, al suspender su sesión el día de la fatal nueva, acuerda trasladar sus restos desde Roma y declarar de duelo nacional el del arribo de ellos a la ciudad entristecida, no obstante haber sido Rodó el autor de un proyecto de ley suprimiendo tales declaratorias; el Municipio montevideo, la Universidad, el Ateneo y otras instituciones, hicieron también ostensible su pena intensa por la llorada pérdida; las librerías cerraron asimismo sus puertas, y el Círculo de la Prensa, del cual fué Rodó el primer Presidente, envió a su señora madre, doña Rosario Piñeyro, un sentidísimo mensaje de pésame, habiéndose resuelto erigirle una estatua y expresar de otros diversos modos el hondo sentimiento de

dolor general producido por la caída inesperada de la gran gloria uruguaya, víctima del tifus.

Había sido José Enrique Rodó en su país catedrático de Literatura en la Universidad de Montevideo, Director de la Biblioteca Nacional, diputado electo en 1902 y reelecto en 1908; pero la vida pública no le agradaba y prefirió siempre la compañía segura y sana de sus libros y las nobles especulaciones del intelecto a las rebajadoras de la política de bajo vuelo. Su fama de artista, de orífice de la palabra escrita, llegó a España y trascendió a Francia, donde su nombre era respetado. Más donde se le reverenciaba y se le quería; donde él tenía su fuerza, porque de la pródiga tierra la tomaba y de ella arrancaba el impulso incontenible y acendrado de su americanismo ferviente, era en América, en esta América nuestra, donde su prematura muerte nos sume en la angustia de pensar

si habrá otro que pronto le sustituya y nos trae a la mente, con la fórmula o el pensamiento primero y primordial de sus *Motivos de Proteo*—«reformarse es vivir»—aquel precioso fin de su lindísima parábola *La despedida de Gorgias*, el filósofo, cuando éste, levantando su copa para brindar por última vez, casi en el instante de perder por siempre de vista a sus discípulos y sumirse en la sombra eterna o dilatarse en la eterna luz, les dijo lo que ahora nosotros repetimos de otro modo en memoria de José Enrique Rodó:

Maestro: por tí primero; después por quien te venza con honor en nosotros!

Carlos de Velasco

La Habana, 30 de julio de 1917.

Obra de Juventud

(fragmento)

Pienso que la característica del arielismo, que es alma mater en la obra de Rodó, debe buscarse en la confianza que tuvo siempre en las fuerzas de juventud, en el entusiasmo que ella puso en la meditación de todas sus horas y en la perenne exaltación que de ella hace, a la cual se acerca con el más respetuoso, santo y tolerante pensamiento.

Próspero, que acaricia meditando la frente de Ariel, «en la actitud de lanzarse a los aires para desvanecerse en un lampo», dice una palabra cuya grandeza no será del todo comprendida, porque cada vez será propicia para una nueva sugestión.

«Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada».

Para Rodó, que no vió en torno suyo sino una eterna juventud, que florecía por todas partes, con espontaneidad de prodigio. Para Rodó, que vió juventud ardiendo bajo el cabello encanecido y vió juventud pasar en caravanas de pensamiento bajo los surcos de la frente rugosa. Para Rodó, cuyos ojos abiertos a un ideal de eternidad y de grandeza no miraron en torno suyo otra cosa que eternidad y grandeza, este pensar de Próspero es definitivo.

Toda su vida se consagra, con amor de vocación, a trabajar dentro de esa norma y crea en su obra un género de oratoria sagrada.

Toda la nobleza que la obra de Rodó inspira, esa nobleza que se hace ambiente dentro de la obra de este maestro del pensar, de tal manera que al leerla nos parece que abriéramos las páginas de un sagrado misal, cuyo rito nos inspira la más vehemente devoción. Toda esa nobleza que nos envuelve en una luz de majestad extraña, como de cosas venidas de lo alto, no otra cosa es que música de unción y de santidad que en el alma va dejando caer, como bautismo de serena contemplación, este sacerdote de idealismo.

Y entiéndase que al decir que Rodó no conoció vejez, sino que vivió ro-

deado de juventud perenne y renovada, que se extendía a través de las cosas que en torno suyo se agitaron, no quiero usar gala de pensamiento, como a modo de figura retórica, sino un concepto filosófico. Para él la divisa de Renán es lámpara encendida en alto al través de todos los caminos: «La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso que es la vida».

No concibe Rodó la humana balumba sino como persecución constante de un ideal y en esa persecución siente que todo se renueva y es un eterno olear de juventud.

Esta aspiración perenne, esta ansiedad constante, este eterno trajinar hacia una tierra de promisión que tiene la gracia encantadora del arco iris, siempre luminoso pero siempre lejano; esta invitación suspendida delante de los ojos, casi al alcance de la mano, pero siempre intangible, es para él secreto de todo errar de las humanidades al través de los tiempos.

Cuando la realización deja muerto el ideal en el camino, porque fuera desgraciado parto de realidad para tal gestación de ensueño, él mira levantarse del despojo, como a manera de un fénix, el alba magnífica, vestida de belleza increada, de un nuevo ideal.

Entonces la humanidad que pareció caer, se levanta con nuevo impulso, despliega las alas del espíritu y sobre la materia descompuesta, que atada queda al polvo, alza otra vez las alas en un temblor de creación. En su garganta un canto nuevo traduce en elogios el himno que dice la voz de aliento y de esperanza.

He aquí por qué Próspero puede decir «Del renacer de las esperanzas humanas; de las promesas que fían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor, adquiere su belleza el alma que se entreabre al soplo de la vida, dulce e inefable belleza, compuesta, como lo estaba la del amanecer para el poeta de «Las Contemplaciones», de «un vestigio de ensueño y un principio de pensamiento».

Para la obra de Rodó no existe prejuicio de tiempo, es un paréntesis de eternidad en que todo es juventud. Por eso trae hasta la torre de su pensamiento una onda de alegría y de esperanza que anuncia el triunfo de la juventud que llega.

«Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven. Grecia hizo grandes cosas porque tuvo de la juventud alegría, que es el ambiente de la acción y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente».

Todo triunfo es para Rodó anunciado con la marcha triunfal de la juventud que suena las trompetas del entusiasmo.

El cristianismo es para Rodó el triunfo de la juventud interior, que despierta en aquellos pescadores de anchovetas un renacer de ensueño, de gracia, de inquietud, de belleza. Y es para él esta misma belleza la que llena de lirios todos los caminos hollados por la planta nazarena.

Jesús es el poeta de la juventud eterna y en su parábola y en su doctrina la juventud es fuente de sabiduría y de belleza.

Aquellas barbas encanecidas de los apóstoles no dicen vejez cansada y lenta, sino que hablan de juventud gloriosa, que triunfa, con todos sus ardores, bajo las nieves que los años han amontonado.

Por eso declara el pensador que «triunfan opinando el encanto de su juventud interior, la de su alma embalsamada por la libación del nuevo vino, a la severidad de los estoicos y a la decrepitud de los mundanos». Esta juven-

tud perenne, esta ansia de renovación, este asistir a la constante evolución del pensar y del sentir de la humanidad, es para mí lo que ha de darle eternidad a la obra de José Enrique Rodó.

Eternidad porque es obra que se realiza en santa pureza, como quien hace una oración sagrada.

Eternidad porque se desenvuelve en constante florecer de energía ajeno a todo decaimiento y a todo desfallecer.

Eternidad porque se escribe para todos los que son capaces de sentir juventud como vino nuevo que fortifica constantemente la máquina del pensamiento.

Eternidad porque es obra de fe, escrita con la fe de quien lleva convencimiento claro, íntimo y sincero de que se siembra en tierra de virginidad, donde el fruto adquiere las exuberancias de toda primicia.

He aquí por qué la obra de Rodó es en América como un río de energía y de belleza que ha de renovar el alma americana.

En esta hora de decaimiento espiritual, América ha de buscar en la obra de Rodó la fuente de un agua milagrosa que ha de empujarla hacia el país de la esperanza y del ensueño que es el país de Leuconoe.

Luis Dobles Segreda

Lecturas de Rodó

Decir las cosas bien...

Decir las cosas bien, tener en la pluma el dón exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada línea de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno? ... La caridad y el amor ¿no pueden demostrarse también concediendo a las almas el beneficio de una hora de abandono en la paz de la palabra bella; la sonrisa de una frase armoniosa; el «beso en la frente» de un pensamiento cincelado; el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu? ...

La ternura para el alma del niño está, así como en el calor del regazo, en la voz que le dice cuentos de hadas; sin los cuales habrá algo de incurablemente yermo en el alma que se forme sin haberlos oído. Pulgarcito es un mensajero de San Vicente de Paúl. Barba-Azul ha hecho a los párvulos más beneficios que Pestalozzi. La ternura para nosotros, —que sólo cuando nos hemos he-

cho despreciables dejamos enteramente de parecernos a los niños, —suele estar también en que se nos arrulle con hermosas palabras. Como el misionero y como la Hermana, el artista cumple su obra de misericordia. Sabios: enseñadnos con gracia. Sacerdotes: pintad a Dios con pincel amable y primoroso, y a la virtud en palabras llenas de armonía. Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad, eso equivale a concedernos el pan con malos modos. De lo que creéis la verdad ¡cuán pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y el encanto con que lo hayáis comunicado, estad seguros que siempre vivirán.

Hablad con ritmo; cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes! y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son amigos traidores de la Verdad.

Apreciaciones de Darío sobre Rodó

El oficio de pensar es de los más graves y peligrosos sobre la faz de la tierra, bajo la bóveda del cielo. Es como el del aeronauta, el del marino y el del minero. Ir muy lejos explorando, muy arriba o muy abajo, mantiene alrededor la continua amenaza del vértigo, del naufragio, o del aplastamiento. Así, la principal condición del pensador es la serenidad.

En la América nuestra no hemos tenido casi pensadores; no ha habido tiempo. Todo ha sido fecundidad verbal, más o menos feliz, declamación sibilina, «postiche» oratoria, expansión, panfleto. Con dificultad se encontrará en toda la historia de nuestro desarrollo intelectual este producto de otras civilizaciones: el ensayista.

José Enrique Rodó es el pensador de nuestros nuevos tiempos, y, para buscar siempre el parangón en el otro plato de la balanza americana, diré que corresponde a Emerson. Un Emerson latino cuya serenidad viene de Grecia, y cuya oración dominical es la salutación a Palas Athenea, la plegaria ante el Acrópolis. Y advertid que, a pesar de lo que se afirme y comente, Rodó no es un renano, en el sentido que en el común dialecto literario se da a esta palabra. Su tranquila visión está llena de profundidad. El cristal de su oración arrastra arenas de oro de las más diversas filosofías, y más encontraréis en él del más optimista de los ensayistas, que del gordo cura laico, biógrafo de N. S. Jesucristo, abate de Jouarres, *in partibus infidelium*.

Desde sus comienzos, la obra de Rodó se concreta en ideas, en ideas decoradas con pulcritud por la gracia dignamente seductora de un estilo de alabastros y mármoles. Solamente que él pigmalioniza, y el temor de imposibilidad o de frialdad desaparece cuando se ve la piedra cincelada que se anima, la estatua que canta. Nació con vocación de belleza y enseñanza. Enseñanza, es decir,

conducción de almas. A tal pedagogía es a la que se refiere el Dante en un verso referente a Virgilio. Cuando apareció su primer opúsculo, *Vida Nueva*, se vió el surgir de un maestro en su generación, en la generación continental. Su segundo opúsculo sobre el autor de *Prosas Profanas*, o mejor dicho, sobre este libro de poesías, le afirmó virtuoso de la prosa de la erudición elegante, y, en la última parte de su trabajo, profeta. Altas y generosas especulaciones le ocuparon, y *Ariel* señala un nuevo triunfo de su espíritu y una nueva conquista de sus predicaciones, por la hermosura de la existencia, por la elevación de los intelectos hispano-americanos, por el culto nunca desfalleciente ni claudicante del más puro y alentador de los ideales. Definíase más y más su personalidad, y se hubiera dicho un filósofo platónico de la flor del paganismo antiguo, resucitado en tierras americanas. Y tuvo el más bello de sus gestos, cuando, llevado a las controversias de la prensa y a las agitaciones de la cámara, por los caprichos de la política, el adorador de los dioses de la Hélade salió a la defensa de nuestro pálido Dios cristiano, desterrado allá, como en Francia, de los lugares de la Justicia, por obra de la roja cosa jacobina.

Por último, aparece su obra magna hasta hoy, esos *Motivos de Proteo*, aires mentales, sinfonías de ideas que llevan dentro tanta virtud bienhechora, libro que ha sido acogido en todas partes con entusiasmo y con razonada admiración. Es un libro fragmentario, ¡pero cuán lleno de riqueza! fragmentario ocasional o decididamente. Ello hace que su prosecución sea indefinida, y que el encanto y el provecho se prolonguen en la esperanza después de cada aporte. El tesoro está allí. Cada vez que aladino baje, estemos atentos.

Rubén Darío

(De *Mundial Magazine*. Enero de 1912).



La Hora Roja

A mi amigo, el poeta Rogelio Sotela

(Recitado por su autor la noche de la velada)

Una extraña locura, una fiebre maldita
sobre el mundo gravita,
así cual si un gran buitre, fatídico y sangriento,
agitara sus alas sobre un campo de ruinas;
monumental momento,
vientre de eternidades y enseñanzas divinas,

Vivimos un instante como de profecía:
de Platón hasta Bergson, la audaz filosofía
toda se ha subvertido;
no es la muerte de Roma ni de Grecia que un día
florecerán en símbolos.....
es que ahora han caído
por su base la idea, la razón, la armonía.

(Poetas, pararrayos, que dijera el vidente,
alcemos a los cielos nuestra ilusión ferviente
—hostia blanca—como una oración de concordia
que acalle las falacias de la fatal discordia)

No ya la pura imagen lavada en celestiales
aromas de Francisco de Asís, ni las triunfales
parábolas del triste filósofo judío,
ni León Tolstoy, apóstol del gran país del frío.
No ya la paz fundada sobre el concierto humano
en donde cada mano,
virgen de la estocada fratricida, esgrimiera
no el puñal, la simiente fecunda ante la era;
—corazones y surcos—no ya la presentida
tierra de la esperanza, la tierra prometida
para el bien y el amor,
pero no esta tragedia en bloque de dolor
cruelmente esculpida. San Juan en sus visiones
apocalípticas y en sus tristes predicciones,
jamás soñó con esta barahunda infernal
escrita con el llanto de un duelo universal.

Algo extraño sacude las bases del planeta,
se anunciará el ansiado retorno del profeta?
desde todas las cumbres, dirán sus alegrías
triunfales los clarines? Es que viene el Mesías?
Dios mío, derrotada la fe ni el optimismo
nos reconforta para salvar el negro abismo,
—la fe en las laboriosas conquistas de la idea—
Dios mío, caído todo bajo la roja tea
—así cual avecilla que vuela de entre ruinas
elevando su canto hacia las azulinas
regiones de lo ignoto — el frágil pensamiento
te busca entre las brumas del alto firmamento.



Dios mío, es que el espanto no es tan sólo de Europa:
la humanidad entera en repujada copa
bebe el tóxico néctar de su dolor, América,
la india joven y virgen que dijera en homérica
estrofa el extrahumano, el mágico Rubén,
liba el tóxico néctar de su dolor también.

Reclinado al arrullo de sus mares gigantes,
a la sombra de bosques que esperan anhelantes
la canción de las hachas que romperán las brechas,
como certeras flechas
al porvenir, sintiendo que duerme en sus entrañas
riqueza fabulosa de potencias extrañas,
dormía sin temores el mundo americano.
Del gran incendio apenas le llegaba un lejano
resplandor de tragedia. De pronto bajo el cielo
siniestramente pasa grave clamor de duelo
que tocando los picos de sus fieros volcanes
pone espanto en las almas del Paso a Magallanes.
Es que el mago liróforo —como entre leve tul—
ha cerrado los ojos y ha ascendido a su azul.

Calló con él la lira privilegiada y única;
el verso americano vistió la negra túnica
de su orfandad, y todos sus dilectos hermanos,
en sombras la conciencia, levantaron las manos
hacia Dios; parecía
que al conjuro siniestro de su melancolía
el mundo colombino tornaría al sosiego,
—bajo el azul poeta, sobre el surco labriego.—
Más he aquí que un nuevo cataclismo le espera;
bajo soles extraños, frente a playa extranjera,
cayó, como un antiguo gladiador espartano,
el más robusto obrero del verbo americano;
cayó como soldado de la única guerra
que no es vil ni despierta rencores en la tierra:
la guerra esclarecida
que de luz y de amores va llenando la vida.
Cayó donde debía caer quien fué un sublime
constructor de ideales, bajo un sol que redime
con sus oros la gloria de una edad benemérita,
entre sombras de olvido tristemente pretérita.

El fué sobre los Andes la enseña victoriosa
de nuestra raza egregia, valiente y orgullosa,
y al caer para siempre sobre el muelle regazo
de la tierra, la madre lo estrechó en un abrazo
de admiración..... en tanto, la América decía
con el alma en los labios, su más tierna elegía.

Señor, se van los buenos, los fuertes luchadores,
¿quién regó esta simiente de luto y de rencores?
¿Quién sopló sobre el mundo este fiero huracán?
¿Los pueblos, por las playas del mal, a dónde van?
Y tú, gallardo apóstol de América, descansa.
Tu nombre será símbolo de una dulce esperanza.
Muerto mas no vencido, que tu casta es de altivos,
nos quedan tu Proteo y tus nobles motivos,
y como sacro emblema sobre esta hora cruel
la creación evangélica y humana de tu Ariel.

Díálogo de Bronce y Mármol

Escena: La «Plaza de la Signoria», de Florencia.

Personajes:

El «David», de Miguel Angel.

El «Perseo», de Benvenuto Cellini.

—Coro de vestales.



Don Joaquín García Monje

quien leyó la página «Bronce y Mármol» que publica «Athena»
e hizo un hermoso comentario de la obra de Rodó
la noche de la velada

PERSEO.—Soy el orgullo heroico. En mi frente de bronce resplandece la heredada majestad de Zeus, y mi gesto y mi ademán esculpen la voluptuosidad sublime del triunfo. Sé que soy fuerte, augusto y hermoso, y deseo saborear la gloria, y provocar el amor, y difundir el miedo. En la frui-

ción de mi hazaña trasciende como un anticipado desdén de los peligros que querrán limitar el desate de mi fuerza y de mi ambición. Llevaré la cortada cabeza de la Medusa, que levanto en la mano, a que campee en el escudo de Athenea. De la hirviente sangre de la furia nacerá el caballo alado, fiel

a los poetas, que me dará la velocidad del relámpago. Mío será cuanto sueña la imaginación de glorioso, de noble, de divino. Seré develador de monstruos, rey por mi esfuerzo, conquistador de tesoros legendarios, libertador caballero de princesas cautivas. Castigaré la inhospitalaria soberbia de Atlas; arrebataré las manzanas de oro al jardín de las Hespérides, y gozaré después la más alta presea, la más dulce sanción del heroísmo, en el enamorado seno de Andrómeda. Todo ello lo columbro en este instante de mi vida, y todo se refleja en la expresión de mi olímpico ensimismamiento. Bello es el mundo para escenario de los Héroes; bella la participación del hombre y del dios, la juventud eterna, la energía radiante y soberana!

DAVID.—Soy el heroísmo candoroso. Veo que hay en mí una fuerza y una gracia que imperan sobre los demás; veo que los hombres me rodean para que los guíe a la victoria, y que, cuando paso, las mujeres se vuelven a mirarme. Pero yo ni lo busco, ni sé en qué consiste esta atracción que tengo en mí. Hoy es un día de prueba. La mañana está clara; el aire, fresco y animador. Mis rebaños quedan pas-

tando en el desierto. Voy al encuentro del gigante que desafía al pueblo de Israel. Para ejecutar esta vindicta, no he querido casco ni coraza. Frente y pecho desnudos, y ardiendo en ellos una llama de fe; por armas, las piedras que he recogido del torrente y la honda que llevo al hom-

bro, voy a abatir la soberbia de Goliat. Confío en el brazo del Señor, porque El es justo y no le aparta de su pueblo; confío en el brazo del Señor porque El puso ya en los míos fuerza para exterminar al oso y al león que acechaban mis rebaños. Proféticas vislumbres me hablan de un trono que me espera, de una Sión que he de magnificar, de un imperio que se abrirá a mi paso; pero yo sólo sé que únicamente Dios es grande, y que para ensalsarlo nací con dos virtudes: una que me impulsa a combatir, como las fieras del bosque, sin escudo ni espada, y otra que me mueve a cantar, como las aves del cielo, sin reflexión ni vanidad.

PERSEO.—Hermano mío, hablamos como si no nos poseyera el encantamiento del arte. ¿Quién te trocó en mármol eterno?

DAVID.—Quien me encantó en el mármol fué un hombre en el cual reconocí mucha parte de mí mismo. Era de la casta de los que pelean con gigantes y saben la manera de publicar la grandeza de Dios. Apareció en la Corte de los Médicis cuando de ella irradiaba sobre Italia el nuevo amor de Belleza, y desató su genio a encrespar el mármol en figuras titánicas y el color en oleadas sublimes. Era el revelador de las formas gigantescas, de las fuerzas sin humana medida, de las visiones proféticas y trágicas. Un mundo le obedecía: el de mi raza y mi edad, el del pueblo de Dios y la peregrinación del desierto y la Ley de justicia, porque ese mundo era fuerte y austero como él. Su avasalladora energía se dilataba, como la inspiración de los Profetas, en la sombra y el dolor. Aquel soberano dueño de la gloria pasó por la vida real en soledad y tristeza, sin sonreír ni aun a las imágenes de su fantasía y esta tristeza era la de la reminiscencia platónica, era la nostalgia infinita del que ha contemplado en otra esfera la belleza ideal y no encuentra cómo aquietarse en el polvo de la tierra: «¡Oh, che miseria é dunque d'esser nato!». . . . Al bajar la pendiente de la vida, encarnó ese sueño de belleza en el póstumo de una de las más nobles figuras de mujer que hayan divinizado el barro humano: en el recuerdo de Victoria Colonna, y este contemplativo amor le ungió poeta, y de sus cantos se levantó una nueva personificada Idea al coro angélico de Beatriz y de Laura. Cuando toda su generación se había rendido a la muerte, él quedaba de pie como el roble que desafía las tormentas; favorecido con el don de una homérica vejez, y siempre inclinado sobre el mármol, y siempre solo, y siempre triste. Llamábase Miguel Angel Buonarroti.

PERSEO.—Miguel Angel. . . . Mi encantador le decía «el Divinísimo».

DAVID.—¿Quién fué tu encantador?

PERSEO.—Quien me encantó en el bronce fué un hombre de dos naturalezas: mitad enviado de las Gracias, mitad aborto de las Furias. El día en que nació este hombre, los escondidos gnomos, los genios elementales que, en las entrañas de la tie-

rra, guardan las cuevas de las piedras preciosas y las vetas del metal, celebraron danzando la Natividad del venido para su gloria. Cuando niño, recibió de las potencias ocultas el favor de ver una salamandra en la transparencia del fuego. La maravillosa virtud que en sí traía se mostró, apenas tuvo cerca un cincel: era este hombre el predestinado para extender a las substancias preciosas el yugo de la Forma, ya impuesto a los mármoles y bronce. De sus hechizadas manos saltaban, como las chispas de la hoguera, medallas, copas, relicarios, anillos, candelabros, de nunca vista beldad. Entrelazada con esta llama de oro, ardía en su alma la llama sangrienta de la venganza y de la ira. Con el primor que cincelaba el mango de un puñal, hundía la hoja en el pecho de un hombre, era un arrebatado asesino cuyos dedos habían sido hechos para un hada. Su maléfico instinto se remontaba alguna vez hasta el impulso heroico, como en su defensa cuando el saco de Roma, y hasta la astucia épica, como en su evasión del castillo de Sant Angelo. Pontífices y reyes se le disputaban. En la corte donde él asistía, circulaban las tazas más preciadas y las monedas más bellas. Y con los fieros ímpetus del energúmeno, alternaban en aquella alma monstruosa las contricciones del penitente, los transportes del místico, los alumbraimientos del visionario. Concluyó en ministro del Señor, sin dejar de esgrimir ni la daga del «bravo», ni el cincel del orfebre. Se llamaba Benvenuto Cellini.

DAVID.—¿Por qué no durarán como este mármol y ese bronce las manos que nos encantaron?

PERSEO.—¿Recuerdas cómo fué tu encantamiento?

DAVID.—Fué cuando aun se dilataba en Florencia el resplandor de los primeros Médicis. El gonfaloniero Soderini quería emular su munificencia y su pasión de arte. En la «Opera» de Santa María dei Fiore yacía un enorme bloque de mármol, donde cierto escultor, Simón de Fiesole, había intentado labrar una estatua colosal, sin estampar más que las huellas de su impotencia y de su desaliento. Soderini anhelaba por ver arrancado a aquella mole el coloso que allí había por crear, y dudaba entre valerse, para acometer la empresa, de Leonardo de Vinci o de Andrea Contucci. Pero por aquel tiempo volvió a Florencia Miguel Angel; vió la montaña de mármol, miró luego adentro de sí, y prometió la obra. La idea que brotó en la mente del artista, colocado entre la enormidad de piedra y el sentimiento de su fuerza interior, fué mi imagen juvenil. Me evocó en la más bella hora de mi vida; en la vaga conciencia de mi predestinación; en la promesa de la gloria, más hermosa que la gloria real; en la esperanza del triunfo ¡cuánto mejor que el triunfo cumplido! Obtuvo así la imagen de la energía inmaculada, del candor heroico. Luego, se abrazó con la piedra, y por espacio de tres años sentí cómo el golpe del cincel inoculaba

cada día en la blanca entraña del mármol una chispa de mi vida ideal. Cuando se consumó el encantamiento, conocí que esta inmortalidad en la forma bella es la verdadera beatitud. Me levanté a una paz que no podría expresarse en el lenguaje de los hombres. Aquel Miguel Angel casi adolescente que me había llamado a nuevo sér llevaba aún en el alma el beso de la Florencia medicea, el sello de un ambiente impregnado de la serenidad platónica, sello de serenidad al que pronto había de sobreponerse la reacción de su genio impetuoso y sombrío. Por eso renací trayendo en la frente algo de la calma de los dioses y los héroes aqueos. Por eso me parezco a Apolo. Más tarde, en la bóveda de la Sixtina, el Miguel Angel de la madurez me figuó de nuevo; pero allí participé del soplo de una tempestad de formas y colores; allí tengo el arrebatado de la acción, aquí el sosiego de la idea. Y ahora, cuéntame tú tu encantamiento.

PERSEO.—Me levantó en el vuelo de su fantasía Benvenuto Cellini, obedeciendo a un mandato de Cosme de Médicis. La gloria del escultor, que le buscaba, fascinó al artífice del oro, y él se consagró a mi imagen con toda la vehemencia de su alma. Fui primero un fantasma en su imaginación; luego me dió una vida pálida en el modelo de yeso, y se dispuso por fin a cautivarme en el duro y sempiterno metal. Abrió espacio para el molde en su jardín de la calle de la Pérgola, desarraigando árboles y viñas; la obra comenzó. ¡Oh, qué vulcánico trabajo, qué conmovedora historia la de mi encarnación en el bronce! Benvenuto, poseído de la furia creadora; solo al principio, con unos pocos obreros después, siempre sin medios suficientes para la faena material, se movía dirigiendo la influencia del fuego, y pasaba cientos de veces del entusiasmo a la desesperación y del embeleso a la ira. En ciertos momentos, lágrimas de sus ojos se evaporaban en el líquido bronce. Yo asistía, desde el fondo de su pensamiento, a aquellas convulsiones de inspiración, de rabia, de dolor, y en verdad te digo que era una hermosa tempestad. Con tiernísimas plegarias por el logro de la soñada imagen, alternaban en sus labios juramentos de muerte para enemigos a quienes atribuía los tropiezos de su obra. Había llegado a idolatrarme como a un hijo que hubiera de defender contra mortales peligros. A veces necesitaba apartarse de mí para montar un diamante o cincelar una copa. Un Ganimedes de mármol vi nacer y formarse cerca de mi cuna de fuego. Pero a mí volvía siempre con anhelante ardor. Un día, inclinado sobre la hornalla, aureolado del rojo resplandor como un cíclope, manejaba gruesos leños de pino con qué avivar el adormido elemento, cuando he aquí que una llamada inmensa se levanta y el taller entero se incendia. Con desesperados esfuerzos llega a reparar el daño, pero pronto la angustia y la fatiga le postran rendido de la fiebre. Piensa que va a morir, y sus palabras son para confiarme a sus amigos y

pedirles que yo le sobreviviera. En esto, alguien viene a decirle que la obra se pierde, que el bronce se ha cuajado falta de calor. Benvenuto salta instantáneamente del lecho; recobra por encanto salud, agilidad y fuerza; viene a mí, remueve el fuego mortecino; arroja, trastornado, en la mezcla campanil los platos, las fuentes, la vajilla de estaño de su mesa, y ve correr el bronce otra vez, y respira, y triunfa. La estatua se ha logrado; con milagrosa proporción, la suma de metal ha sido la justamente requerida para completar el óvalo de mi cabeza. Dos días después, una clara mañana de primavera, yo recibía el beso del sol en la Loggia de las Lanzas. Cosme de Médicis se asomaba a una de las ventanas del Palacio. Anhelante multitud se aglomeraba frente a mí y me admiraba. ¡Ah, jamás dejará de resonar en mis oídos de bronce el eco de aquella inmensa aclamación del pueblo de Florencia, saludando el triunfo de la Forma armoniosa como la entrada de un rey o el botín de una batalla! Al paso de Benvenuto la multitud se descubría, como al paso de un héroe. Por muchos días persistió este entusiasmo, y los maestros y estudiantes de Piza, que entonces gozaban de sus vacaciones, llenaban, cada mañana, de versos laudatorios las columnas vecinas a mi pedestal. Bello, bellísimo tiempo.

DAVID.—Yo presencié tu triunfal epifanía.

PERSEO.—Dulce tiempo que fué... ¿Te acuerdas de aquel hervir pintoresco de la vida en las abiertas logias, centros de conversación, de arte y de filosofía, como los pórticos de Atenas? ¿Te acuerdas de aquel zumbir, como de abejas oficiosas, en derredor de mi antiguo mármol recobrado, de un amarillo códice devuelto a la luz? ¿Te acuerdas de las procesiones, de las máscaras, de las pompas mitológicas, cuando la juventud representaba en las calles, inmenso teatro descubierto, la apoteosis de la alegría y de la fuerza?

DAVID.—Tú no viste más que el ocaso; yo vi la radiante luz del mediodía. Yo asistí en su plenitud al imperio de la renovada antigüedad. Yo oí flotar en el viento el rumor de los convites platónicos, en torno al simulacro del Maestro, en los jardines de Fiesole, coreado el dulce razonar de los iniciados por la vibración armoniosa de los pinos. Ante mí se detuvieron Rafael, Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto. Vi, antes que tú vinieras, cincuenta años de gloria, con mis verdaderos ojos, que aquí reflejaron por tres siglos el sol; porque yo, que te hablo, no soy sino una sombra, una sombra de piedra: mi «yo» de verdad padece prisión en un museo.

PERSEO.—¿Qué cosa es un museo?

DAVID.—Una cárcel para nosotros; una invención de las razas degeneradas para juntar, en triste encierro común, lo que nació destinado a ocupar, según su naturaleza, ambiente y marco propio, cuando no a dominar en el espacio abierto, en la libertad del aire y el sol.

PERSEO.—¿Qué resta, sino es nuestra inmortalidad, de aquel divino tiempo?

DAVID.—La idea, en el imperecedero espíritu del hombre.

PERSEO.—El hombre yo no existe. La criatura armoniosa que dió con su cuerpo el arquetipo de nuestra hermosura, y con su alma el dechado de nuestra serenidad, pasó, como los semidioses de mi raza y como los profetas de tu gigantesco Israel. Los que hoy se llaman hombres, noble título que quisieron llevar tu Dios y los míos, no lo son sino en mínimas partes. Todos están mutilados, todos están truncos. Los que tienen ojos, no tienen oídos; los que ostentan dilatado el arco de la frente, muestran hundida la bóveda del pecho; los que tienen fuerza de pensar, no tienen fuerza de querer. Son despojos del hombre, son vísceras emancipadas. Falta entre ellos aquella alma común, de donde nació siempre cuanto se hizo de duradero y de grande. Su idea del mundo es la de un sepulcro triste y frío. Su arte es una contorsión histriónica o un remedo impotente. Su norma social es la igualdad, el sofisma de la pálida Envidia. Han eliminado de la sabiduría, la belleza; de la pasión, la alegría; de la guerra, el heroísmo. Y su genio es la invención utilitaria, y conceden las glorificaciones supremas al que, después de una vida dedicada a hurgar en la superficie de las cosas, regala al mundo uno de esos ingeniosos inventos con que el Leonardo de nuestro siglo jugaba, como con las migajas de su mesa, entre un cuadro divino y una teoría genial.

DAVID.—¿Cuál es tu consuelo en la nostalgia?

PERSEO.—Lo que no han mudado los hombres: el cielo, el aire, la luz.

DAVID.—¿Y tu mayor suplicio?

PERSEO.—Oír el comentario de los viajeros.

DAVID.—¿Cuáles, de los que te miran, te compeñen?

PERSEO.—Los de muy arriba y los de muy abajo: los que vienen trayendo en el alma una idea con que compararme, y que generalmente permanecen mudos, y los niños vestidos de harapos que, en los brazos de las mendigas, se acercan a tocar las estatuas de mi pedestal y manifiestan, sonriendo, su alegría: «¡Come é bello!»

DAVID.—¿En qué reconoces a los que son dignos de mirarte?

PERSEO.—En que cuando ellos me miran siento como si el fuego de la fragua volviera a arder en mis arterias de bronce, y me trasmitiese otra vez el soplo creador, y me comunicara de nuevo los estremecimientos sobrehumanos, las angustias feroces, los júbilos sublimes, de la forma que va a «ser», que va a infundirse en las entrañas de la materia obscura y rebelde. Después, en una especie de sueño, veo que renazco en tierras lejanas, entre gentes que no vi jamás, reencarnado en palabras armoniosas, o en doctas lecciones de belleza, o en figuras heroicas que brotan de la piedra y el color, o simplemente en una blanca idea que se queda, como el pudor de las vírgenes vestales, en la soledad de un noble pensamiento.

DAVID.—Perseo: ¿volverán al mundo la alegría, la abundancia de la invención, la jovial energía creadora?

PERSEO.—Cuando los hombres vuelvan a creer en los dioses.

DAVID.—¿Con fe de belleza?

PERSEO.—No, con fe de religión. El mundo se dará nuevos dioses. A la fe en la divinidad omnipotente e infinita sucederá otra vez la fe en divinidades parciales, números benéficos y activos, pero de poder limitado, que ejercerán en ordenada jerarquía el gobierno de las cosas, y con los que se entenderán más fácilmente los hombres, porque la limitación de su poder explicará la de su favor y su justicia. Y dioses y mortales colaborarán en la misma obra universal.

DAVID.—De mi posteridad nació el que vino a redimir el mundo y es el solo Dios verdadero. Cristo no morirá jamás.

PERSEO.—¿Y por qué ha de morir? Bajo el claro cielo de Florencia se conciliaron ya la luz del Evangelio y la filosofía que dictaron los dioses. ¿Ves ese resplandor que dora la frente de mármol de Neptuno? Es el sol que viene de iluminar la altura del Calvario y las ruinas del Parthenón.

Las vestales de mármol de la Logia de Oragna.

¡Apolo! ¡Apolo! Tráenos, para Florencia, nueva inspiración y nueva gloria.

José Enrique Rodó

Florencia, 1917.

Valores literarios

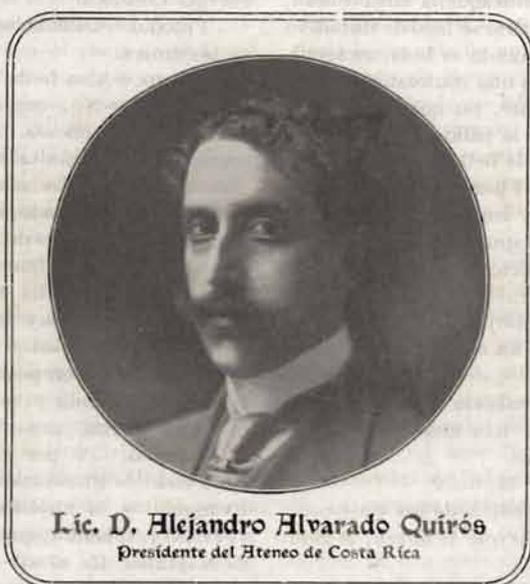
XI

Alvarado Quirós

Después de haber comentado en nuestros pasados artículos la labor de Brenes Mesén, de García Monje y de Carmen Lira, nada más grato para nosotros que hablar de este fino cultor del bien decir: Alejandro Alvarado Q.

Espíritu de los más delicados, inquieto, con un gran amor por todas las cosas del pensamiento, es el autor de *BOCETOS* una de nuestras más bellas figuras contemporáneas. Abogado estudioso y activo, político sincero y entusiasta, orador

de altas miras, su figura ha sido en la Cámara de Diputados una revelación para Costa Rica. Jamás se vió un joven más gallardo alzarse con el vuelo de su frase en el recinto nacional. Pálido, con una marfilina palidez que lo hace distinguido, fino el lineamiento de la cara, serenos y grandes los



Lic. D. Alejandro Alvarado Quirós
Presidente del Ateneo de Costa Rica

ojos, delgado, se diría cuando habla el orador, que es un nuevo Desmoulins, más puro, más sereno, más noble. Caballero irreprochable, hombre modelo en todas las manifestaciones sociales, es generoso y lleva siempre el corazón como una jarra para darlo a beber a los que lleguen. Delicado, con esa sutil delicadeza

que le prestó la vida y que pudo arrancar del alma de París, va así, querido de todos, admirado de todos. Pero no es solamente eso; Alvarado Quirós ha hecho una labor literaria copiosa y meritísima. Infiltrado siempre del ideal espíritu de Francia, ha traducido con amor los cuentos de sus más selectos escritores. En colaboración con don Fabio Baudrit, escribió *PIEDRAS PRECIOSAS*, joyero de traducciones, donde el artífice ha vertido a nuestro idioma, con un gusto imponderable, lo más selecto, la fina esencia de Lutecia. Después nos regala con sus *LILAS Y RESEDAS*. Allí lo vemos como un Cellini que engasta religiosamente sartas de estrellas en oro. Luego publica *BRIC-A-BRAC*, compilación de sus mejores artículos que revelan una pluma flaubertiana, composiciones llenas de corazón y de talento. Después vemos su Homenaje a Francia en un folleto: *AL MARGEN DE LA EPOPEYA*.

Ahora tenemos estos *BOCETOS*, delineaciones de artistas y hombres de letras. Y todo creado con su propio esfuerzo pecuniario para lanzarlo a los que han menester de Belleza.

Sencillo y delicado espíritu que lo mismo se enciende de entusiasmo

ante un problema financiero que se queda exático ante una filigrana de marfil. Hermoso corazón que se ofrece todo al bien y que también tiene la firmeza de rebelarse contra aquello que no es justo aun cuando vaya en su mismo perjuicio.

Pero el hombre siempre será menos interesante que el artista. Hablemos, siquiera sea ligeramente, de sus BOCETOS, ya que el propósito de nuestros artículos ha sido comentar las últimas obras publicadas entre nosotros.

Como con una llave de oro, *Mi galería* abre el libro y nos deja por mucho rato ante el pórtico; fácil la expresión, noble y sencillo el vocablo, bella la imágen, pronto se nos revela el joven maestro. Con un anticismo puro, parece que fuera burilado su estilo como lo hiciera en el copón el celeste don Juan de Segovia. . . . Hace una ligera reseña histórica de Costa Rica y luego dice: «En nuestro grupo étnico tampoco predomina la fantasía. Ni oradores, ni poetas, ni músicos, ni pintores. Atavismos ingobernables inclinan la frente hacia los surcos. Y cuando en la noche, en una cabalgata que atraviesa un bosque se llega a un claro de luna, no hay un ruiñeñor que eleve hasta ella el ritmo de su canto, si acaso un rápido comentario que se impone para la belleza de la noche y nada más».

Hemos trascrito esas palabras para que se vea mejor la pulcritud de forma de que hablábamos. Pero tenemos que hacer un reparo, eso sí. Tal vez por exceso de fe en nosotros, no creemos con el Lic. Alvarado que la frente aquí sólo se inclina hacia los surcos y que no hay ruiñeñores que canten la belleza de una noche estival. Costa Rica tuvo poetas, escritores, oradores y músicos. Bien que por nuestros anales no se ve desfilar una corte regia de artistas, mas debemos tomar en cuenta que somos un embrión de país y que relativamente hemos dado más vigor y más cultura que otros países de mejor conformación. Astutamente tiene Costa Rica en su historia lo bueno que antes tuvo: sus muertos ilustres; tiene hoy el vigor no pasado de los viejos y un gran impulso entre los jóvenes de ahora, entre los que descuellan algunos con verdaderos méritos.—Dijimos que tal vez por exceso de fe, más la fe sería lo que también nos engrandeciera. Músicos, ya se ve que hubo: Gutiérrez y Chaves llenan con su gloria el orgullo del país. Hoy tenemos un grupo modesto de cultivadores de ese arte que indudablemente nos llevarán a revelaciones grandes, Monestel, Fonseca, Campabadal, Melico Quirós, Nieto, Castro Carazo, que es el más joven de los compositores, y tantos otros que son una bella promesa para nosotros. Oradores, no se puede negar que Iglesias, Martín, Astúa, Pacheco, Jiménez y algunos otros merecen ese nombre; y allí lo tenemos a él mismo que tan brillantemente lo ha sido. Con ellos nos basta, pues que así nos evitamos esa enfermedad *centroamericana* de improvisar discursos en cualquier recodo del camino.

Luego leemos en BOCETOS: «Pero crítica, eso sí. Despunta una inteligencia y sus primeros rayos parecen arrebatar nos algo que nos pertenecía exclusivamente y por tanto formamos una coalición en la sombra para apagarla o regatearle su valimiento».

Nosotros creemos con el autor de BOCETOS, que precisamente eso es lo que nos mata. Aquí, en donde comienza a verse la pujanza de una era nueva, tenemos profundamente arraigado el rencor y la envidia. Caprichosos que no toleran la belleza de los demás y pujan por deshacerla con frases de ingenio y con chistes burdos. Pero mejor así. Más radioso y más alto se alzaré el empeño que se vió acechado.

Nos refiere el autor que Costa Rica le debe casi todo su pequeño renacimiento de letras al maestro Zambrana y a Darío. En 1876 vino de Cuba el tribuno magnífico y en 1890 vino a Costa Rica el mágico Rubén, que despertó los espíritus y alumbró los horizontes, haciendo—como dice el señor Alvarado—cierta la fábula del Pegaso!

Nosotros queremos atenernos a esto, también, para robustecer nuestro optimismo ya que el mago rompió entre nosotros la sonora fuente de Hipocrene! No queremos concluir este comentario tan deshilado sin reproducir del libro estas bellas frases de aliento para la cultura del país. «Conviene, pues, realizar todo lo que pudiera prestigiarnos y servir de exponente de una idea, de un sacerdocio, de un ministerio de Bien o de Belleza. La cultura será la única redención de Costa Rica y su razón de existir dentro de la libertad y la soberanía».

Eugenio de Triana

Octubre 15 de 1917.

(Continuará)

EL ATENEO DE COSTA RICA

ABRE UN CERTAMEN PARA EL 1º DE ENERO DE 1918

El Ateneo abre un concurso para el 1º de enero de 1918, que se regirá por las bases siguientes:

- a) Estudio científico. ¿Cuál ha de ser la orientación patriótica de los costarricenses?
- b) Novelas, tradiciones y cuentos en prosa, temas patrióticos.
- c) Poesía: poemas, himnos, sonetos; cantos a un ideal patriótico.
- d) Música: temas que despierten sentimientos en armonía con el espíritu de este CONCURSO.

Los trabajos deben ser enviados sin firma, copiados a máquina y acompañados con tarjeta, con nombre del autor; y se recibirán hasta el 15 de diciembre de este año.

Un Jurado que oportunamente se nombrará, calificará las composiciones y dará tres clases de recompensas: medalla de oro, medalla de plata y diploma de honor. El Ateneo editará un libro o folleto con los trabajos premiados y con los que el Jurado juzgue dignos de la publicación.

La Directiva del Ateneo de Costa Rica

San José, setiembre de 1917.

La fiesta de la Raza

ATHENEA quiso dar una nota brillante y oportuna con motivo del 12 de octubre pasado y pensó en aunar el homenaje de Darío y Rodó a la consagración de ese día glorioso; no fué posible que para entonces apareciera nuestra revista y cumple hoy con el amable deber de dedicar una sección suya—tan



grande como lo han permitido las circunstancias—a la Fiesta de la Raza, a cuyo conjuro vibró toda la América con el pensamiento puesto en la Madre, en la generosa España, y que es el símbolo de la grandiosa unidad del porvenir.

Así pensó ATHENEA ofrecer un hermoso tributo al inmortal Colón, en las velas de cuyas carabelas, según atildado decir, sopló Dios mismo empujándolas hacia las playas vírgenes de este Continente, que fué desde el primer día la tierra prometida para las ansias de todos los hombres del mundo, y que habrá de ser en lo futuro el asiento de las más avanzadas democracias, según lo soñara el inimitable Bolívar.

Conforme pasen los años, el culto por España la hidalga, y por Colón, se irá acentuando en el corazón de América, pues que no será sino con el transcurso de los años que podremos valuar lo que significó esa sublime epopeya sin segundo, hija del ingenio del navegante, ayer del Atlántico y hoy de los mares de la inmortalidad, y de Isabel la Santa cuyo gesto magnánimo aun no ha esbozado el tiempo con su cincel de siglos.

España!

Reina, madre de un mundo
que es una era sembrada
donde el húmedo limo de la vitalidad,
vivifica ese vientre luminoso y fecundo
donde tiene morada
el germen vivo y fuerte de la posteridad.

Reina de la hidalguía,
luciste en tu diadema
la inagotable lumbre de un sol de medio día,
y escribiste con rayos el heroico poema
de las bravas locuras del invicto Colón,
que rezó en las congojas y en la melancolía
y llevó en las guedejas altivez de león.

Reina, madre de todas las divinas locuras
de Cervantes, el manco de risueña sapiencia;
Reina pura en la lid!
Madre de un continente de gentiles bravuras
porque tiene la lumbre que le dió tu conciencia.
Reina, madre del Cid!

En tu vientre fecundo germinó la conquista,
la conquista valiente donde brilla la luz,
donde cada soldado tiene un alma de artista
y colgando del cuello lleva siempre una cruz.

Reina, madre de santos que llamaron poetas
y regaron belleza, con armónica voz,
comprendiendo que en lucha de exquisitos estetas,
mejor que anacoretas,
eran siervos de Dios.

Principio de una estirpe de grandezas. Autora
de la epopeya homérica

que en los viejos Viriatos tiene lumbres de aurora
y prosigue, inconclusa, con los nuevos de América.

Reina-luz, en tus pajes el honor fué sagrado
y contaste a Pelayo como paje, Señora,
cuando vió, sobre el cielo de tu imperio ultrajado,
dibujarse una cruz

que brilló desde entonces en su noble bandera
como insignia divina de su heroica quimera,
Soberana de luz!

En tu trono soñaron Calderón y Cervantes;
por tu trono fué heroica la misión del Mio Cid,
y por él tus marinos, en los mares gigantes,
sobre tres carabelas emprendieron la lid.

En tu regio palacio
sollozaron canciones los de buen corazón,
y en las horas de lucha se sintió en el espacio
el clamor justiciero de tu voz de león.

¿Y hoy, Señora? ¿Tu cuerpo, no es verdad que está inerte?
 ¿Es verdad que la muerte
 sollozó en tus balcones su enlutada canción?
 ¿Terminó tu grandeza?

En la corte de atletas de tu enorme nobleza
 hay aún fortalezas sobre cada varón.
 No, la flor de tu gloria no se mustia, Señora,
 sobre todas las cimas, una lumbre de aurora
 pone un beso de vida,
 y de ensueños fabrican la gentil vestidura
 que has de ver a tu cuerpo regiamente ceñida
 cuando llegue la fiesta de tu gloria futura.
 Reina madre, en los ocios de tu noble ansiedad,
 mientras sientes el sueño de un piadoso desmayo
 machacan en su yunque tu nueva majestad
 los Alvarez Quintero,
 Jacinto Benavente, Menéndez y Pelayo,
 con almas de guerreros
 y siempre vanidosos de tu maternidad.

Reina, madre de un mundo
 que es una era sembrada
 donde el húmedo limo de la vitalidad,
 vivifica ese vientre luminoso y fecundo
 donde tiene morada
 el germen vivo y fuerte de la posteridad.

Hernán Zamora Elíondo

Oda a España

Para el Maestro don Tomás Dovedano,
 español y artista

Gonzalo de Berceo, Santillana.....
 Don Fernando de Herrera, Garcilaso.....
 En la América Hispana,
 un poeta se inclina a vuestro paso
 para decir en lengua castellana.

Juan Ruiz el Arcipreste, hoy escuda
 —con mengua de don Alvaro y su acero—
 el fervor exaltado de un trovero
 que en nombre de la América os saluda.

Juan de Mena el galante de su hazaña,
 el místico Fray Luis, don Juan Lorenzo,
 prestad a mi decir vigor intenso
 que tengo de cantar a vuestra España.

Gloria de las Castillas, es mi ofrenda!
 La noble estirpe que clavó su tienda
 bajo cielos de América, no pasa:
 que nos dió la heredad de su leyenda
 y nos dejó la sangre de su raza!

Madrid, Andalucía.....
 Remansos de cariño y alegría,
 donde hay una gitana que despeina
 su cabellera entre la algarabía,
 o se ve un niño huérfano en la vía
 que ha bebido los senos de una Reina.

Burgos, Valladolid.....
 Solares de los nombres sin mancilla,
 en donde Alfonso le jurara al Cid
 por Dios y por los fueros de Castilla!

Y Córdoba y Toledo idealizadas,
donde recuerdan sus encrucijadas
legendarios motivos de tragedia;
Románticas ciudades de rondeles,
donde aun flota la voz de los rabeles
y todo tiene un gris de la Edad Media.....

Y Sevilla, que canta y que tremola,
que fué del arte columnata y plinto,
consagrada la Atenas española
por Felipe Segundo y Carlos Quinto.

Blancas, parecen la ideal Sevilla
y Cádiz, las canteras de la luna;
allí los ojos quemar la mantilla,
todo es gracia imposible, y la cuchilla
sirve como amuleto de fortuna.....

Y después otros nombres..... Y la mente
por la emoción se queda fatigada;
y piensa en esta España floreciente
que guarda los arcones del Oriente
entre los arabescos de Granada!

Y recuerda a la España ennoblecida
donde un fárrago arcaico de la vida
escribiera con fe para Mañana;
y sabe que en su amor y en su locura,
y que en su noble heroicidad, perdura
el alma de una Grecia castellana.....

Tierra noble y gloriosa
que se inmortalizó con su quebranto,
cuando fueron Zamora y Zaragoza
la resistencia augusta dolorosa;
y cuando, con su espada victoriosa,
Don Juan de Austria se glorió en Lepanto!

Jamás una epopeya habrá que ponga
ese vigor que te valió tus famas;
por Alcama, Escipión y Aníbal, clamor
que Pelayo ha vencido en Covadonga
y Numancia y Sagunto están en llamas!

Bendita Madre que miró asombrada
el germen infecundo de un atraso,
y que si vió el dolor en Torquemada
dió una Santa Teresa iluminada
y tuvo una Isabel que fué un regazo.....

Entraña universal que fué el proscenio
de un gesto mitológico y vidente
con la fe de Colón, que eternamente
será el supremo símbolo del genio.

Asombrada la América se acoge
bajo tu colosal clarividencia
y en Juan Luis Vives y en Servet recoge
la luminosa hoguera de tu ciencia.

En tu pródigo seno
se fecundó el relieve de los nombres:
Rodrigo de Vivar, Guzmán el Bueno,
Roger de Lauria, Córdoba, Balboa,
Cortés, Pizarro, de las Casas..... Lo a
a la España inmortal que dió esos hombres!

Jimena, Doña Sol, mi canto os llama:
que vuestra noble gentileza alcance
a hacernos caballeros del Romance
que luchen por su Patria y por su Dama.

Que en las mujeres arda lo que ardía
en la virtud de vuestra fe preclara,
y entonces habrá amor y habrá hidalguía
y el bravo caballero os llamará
Doña Inés, Doña Elvira o Doña Clara.....

Que vuestra hidalga evocación esmalte
con amor la leyenda peregrina,
que haya un Duque de Arjona que os exalte
y un paje que os ofrezca el gerifalte
declamando a Gutierre de Cetina.....

España, España grande que nos legas
tu Siglo de Oro que llenó el espacio,
y así en los Argensolas viste a Horacio
y un heraldo anacreóntico en Villegas.

Madre de los Jasones fecundantes
que fueron tras la luz de un Vellochino!
Ventre de las Américas infantes
que en la divina lengua de Cervantes
han bebido las cubas de tu vino!

Nidal de los homéricos caudillos
que gestas el prodigio entre tus hombres,
y que marcas tus siglos con los nombres
de Velázquez, de Goyas y Murillos!

Gloria perenne para su nobleza!
Gloria inmortal para la cuna Ibérica,
que por el alma de su raza, América
tiene el alto blasón de su grandeza!

Y ya que así esa Madre se prodiga,
bendígamos la pléyade española
que por su idioma y por su fe nos liga;
y que su Santa Eulalia la bendiga
y la guarde su Ignacio de Loyola.....

Pues que si nos salimos de su suelo,
su casta hidalga aún nos ilumina;
y cual blasón eterno de su anhelo,
sus hijas de la América Latina
serán un arco iris en su cielo!

Grandeza y Decadencia de España

Grande era España! Americanos y españoles podemos juntos celebrar tanta grandeza, porque entonces nuestra patria que producía los héroes por millares y llenaba la historia con el estruendo de sus armas y la luz de su genio que se difundía por todo el planeta con el reflejo de las corazas y el esplendor de las lanzas y las espadas, era el inmenso imperio donde jamás el sol detenía su curso fatigado, pues dejaba en las encantadas orillas del Darro y del Betis y las doradas torres de la Alhambra y del regio alcázar, para lucir sobre el palacio de Cortés en México, ceñir con su brazo de fuego el mar del Sur y alzar de nuevo la frente orlada de llamas sobre los vestustos imperios del Oriente, hasta donde se extendía el nombre y la influencia de España. ¿Entonces, oh madre de naciones, cuál de tus rivales osaba poner su enseña al lado de la tuya, que cubría a cien pueblos? Sólo tú comprendiste a Colón y le diste las alas de tus naves; tuya sola fué la gloria del descubrimiento, y aunque razas extrañas profanen tu nombre con lenguas de mentira, ¡oh madre Iberia! nadie podrá borrar estos hechos inmensos, que crecen con el tiempo como la sombra gigantesca de los pueblos en la historia: que los ojos de tus hijos fueron los primeros que vieron, entre las brumas matinales, surgir, como del seno de las aguas, la isla de San Salvador; que el grito de «Tierra», que descorrió el velo del misterio que cubría la faz de un mundo, fué proferido en tu lengua melo-

diosa por Rodrigo de Triana; que el primer europeo que vió el caudaloso Mississipí, el padre de los ríos, fué Hernando de Soto; que México, que entonces comprendía hasta el Utah y el Wyoming, fué conquistado por Hernán Cortés y sus valerosos compañeros; que Ponce de León rasgó la túnica de virginal barbarie que envolvía a la Florida; que el infortunado Solís, Sebastián Cabot y Diego García, vieron antes que cualesquiera otros europeos, alzarse el sol con lumbrés de oro sobre el inmenso río de la Plata; que el Océano Pacífico fué descubierto por Vasco Núñez de Balboa, quien entró en la mar sin despojarse de la armadura, llevando en una mano el estandarte de Castilla y en la otra la espada desnuda, y tomó posesión solemne de aquella inmensidad en nombre de sus soberanos; que Vasco de Gama dobló el cabo de las Tormentas, que señoreaba el fabuloso Adamastor y llegó a la misteriosa tierra de Cambaya; que Francisco Pizarro emprendió con catorce hombres la conquista del Perú; que Pedro de Valdivia cruzó la cordillera andina y fundó a Santiago de Chile; que Sebastián del Cano, teniente de Magallanes, fué el primero que dió la vuelta al mundo; y que tú, sembrando los huesos de tus héroes, como Cadmo las piedras en la Grecia legendaria, diste origen en el Continente que ofrendaste a la civilización, a más de veinte naciones que hablan la lengua de tu inmortal manchego y también la de tu otro hijo predilecto, el ilustre Camoens. Cuan-

do las ruinas de esta civilización se agrupen en amontonamientos melancólicos de columnas rotas, arcos destruidos y estatuas mutiladas, como la civilización antigua en la Acrópolis y en el Campo romano, una voz se alzará del polvo y dirá a los hombres futuros: «Los españoles y los portugueses, repitiendo el periplo de Hannon, fueron los primeros que dieron la vuelta al África, desataron los misterios de la mar oceána, penetraron en el país de las especias y en el del opio, subyugaron al poderoso Moctezuma y al gran Atahualpa, contemplaron la cruz del Sur y las constelaciones australes; enseñaron el Evangelio a los incas, los aztecas, los persas, los indos y los chinos; recorrieron las selvas inmensas de América, del Oregón hasta la Patagonia; quebrantaron el poder del feroz Solimán, y anegaron la media luna en las aguas de Lepanto. Entonces, un soldado, Garcilaso, escribía versos como Anacreonte y Petrarca; un fraile, de las Casas, refería la historia de la conquista y cruzaba diez y siete veces «la mar tenebrosa» para abogar ante los reyes por los infelices indios; otro soldado, Cervantes, componía la obra más regocijada y humana que se ha escrito en lengua alguna; un hidalguillo de Medellín, Sevilla, Valladolid o Burgos, llevaba en la guarnición de su espada la suerte de un imperio; fray Luis de León hacía al idioma castellano el don inestimable de sus odas; el divino Herrera entonaba con voz robusta el «Cantemos al Señor», rememorando el canto sublime de Moisés en el paso del mar Rojo; Lope de Vega partía la luz de su ingenio en cien rayos para iluminar la escena, la lírica, la elegía, la epopeya, la tribuna sagrada y aun el noble ejercicio de las armas; Ércilla vaciaba en el lejano Arauco en estrofas de bronce, las figuras heroicas de Valdivia, y de los Aquiles y Ayaces bárbaros, Caupolicán, Lautaro Rengo y Orompeyo; una pléyade de bardos constelaba la Corte, añadiendo a la gloria militar el esplendor de las letras; humildes frailes, como Mariana, narraban la historia de España, que era la historia del mundo; los héroes de la religión y de la patria escribían en las selvas de América, con la cruz los unos y los otros con la espada, el poema gigantesco de la conquista, luchando contra los reyes poderosos y tribus bárbaras, contra las inclemencias del clima, ora ardoroso en las riberas del Amazonas y del Orinoco, ora glacial en la cumbre de los Andes bolivianos y chilenos, y contra los naturales obstáculos que les ofrecían una vegetación espesa de árboles corpulentos que mecían su copa en las nubes y sombrean la tierra con su enorme ramaje entremezclado de plantas trepadoras y parásitas, ríos caudalosos nunca surcados por europeos, y cordilleras altísimas cubiertas de nieve, en un territorio cuatro veces mayor que el de Europa; afluían a Salamanca los hombres más eruditos del mundo; poetas, filósofos, historiadores, artistas, arquitectos, médicos, legistas, etc., hacían resonar por doquiera el nombre de España; repetíalo con admiración el pueblo cristiano, escuchábanlo con temor el árabe y el turco; respetábanlo el franco, el anglo y el teutón; príncipes, almirantes y capitanes famosos como Gonzalo de

Córdoba, el duque de Alba, don Juan de Austria, Alejandro Farnesio, el marqués de Santa Cruz, don Alvaro de Bazán, Doria y Manuel Filiberto, dirigían sus ejércitos y sus armadas; y en la boca del Tajo, en el puerto de Barcelona, en las bahías de Cádiz y de Vigo y en la desembocadura del Guadalquivir, se veían centenares de barcos en el afán constante del comercio, mientras enjambres humanos trabajaban el oro, la seda, las piedras preciosas, los paños más finos, cordobanes magníficos, alfombras, damascos y tapices, yelmos, rodela, mosquetes, bracamantes, alfanjes, cañones y toda clase de armas de finísimo acero, objetos de la más delicada orfebre-

ría y otros mil artículos de que entonces Europa era tributaria de España. Era tanta la grandeza de esta nación, que al contemplarla en la historia nos produce la ilusión de la armadura de un gigante, por fuera desmesurada y espantable, por dentro llena de telarañas y polvo. Pero, no obstante, su contemplación halaga y conforta, porque el amante de las glorias pretéritas comprende que esa armadura la llevó un día un titán; que un corazón heroico latió dentro de ese hierro oxidado, y que de nuevo puede ponerse en marcha el espíritu sublime de la raza, animando el polvo de los Cides, Wilfredos, Pinzones, Corteses y Pizarros.

Rogelio Fernández Guell

De *Plus-Ultra*, obra que acaba de publicarse.

España

Vientre fecundo y noble de civilizaciones,
emperatriz augusta que has sabido llevar
en la diestra triunfante los más altos blasones,
en el labio el más dulce florecer de canciones,
vencedora atrevida de la tierra y del mar.

Como los trovadores antiguos, yo querría
para hacerte este canto llamar la inspiración;
mas me basta este nombre celestial: madre mía!
para que mi pobre arpa se llene de armonía
y un generoso ensueño brote en mi corazón.

Los que te han calumniado llamándote vencida
y en tu descanso han visto cobarde postración,
no recuerdan que fuiste, con tu luz encendida,
por todos los senderos oscuros de la vida
predicando la buena nueva de una ilusión.

Los que tan mal te juzgan de fijo han olvidado
que redondeaste el mundo encarnada en Colón,
que triunfaste en Cervantes del pensamiento hablado
y que por todo el orbe, de un lado al otro lado,
fué cantando sus glorias tu inmortal pabellón.

Esos no han comprendido, España noble y buena,
 lo que vale tu historia de tesonero afán,
 tu Isabel de Castilla, Fray Pérez de Marchena,
 tu Teresa, tu Alfonso, Guzmán y Juan de Mena,
 Juan Ruiz el Arcipreste y aquel Gran Capitán.

Si amamantaste un mundo, si con tu sangre ardiente
 fecundaste la era de este siglo de luz,
 si el hueco de tu mano fué la propicia fuente
 donde bebió esperanzas y amor un continente
 que de ti heredó sangre, bandera, idioma y cruz.

Qué mucho que una tregua le des a tus faenas,
 —España soñadora, romántica del Cid!—
 mientras que tus leones alisan sus melenas,
 y, triunfante de agravios, de calumnias y penas
 empeñas tus vigores en la próxima lid?

En el presente histórico que pasará al futuro
 como una mancha horrenda de sangre y de dolor,
 tú ofreces un asilo pacífico y seguro
 donde habrá de limpiarse el espíritu impuro
 de esta época sorda al ideal del amor.

Yo sé que tu silencio se trocará mañana
 en toque de victoria para el pueblo español;
 atesora tus ansias, la evolución humana
 quizá te ha preparado la nueva gloria ufana
 del pueblo en cuyas tierras jamás se puso el sol.

Adiestra tus cachorros; es solemne el instante;
 triunfará la justicia; la raza está de pie;
 y bajo tu bandera, heráldica y triunfante,
 marcharán sus legiones, de cara al sol levante,
 en el labio una estrofa, en el alma una fe.

Haz un haz luminoso de tus nervios, Marquina,
 Villaespesa, Jiménez, Ibáñez, Rusiñol,
 han de cantar con otros la epopeya latina
 que se alza aquí en América de Texas a Argentina
 como un cántico escrito con los rayos de un sol.

J. Albertazzi Avendaño



Don J. C. Sotillo Picornell

Apunte del natural, especial para "Athenea",
de Carmen Estrada

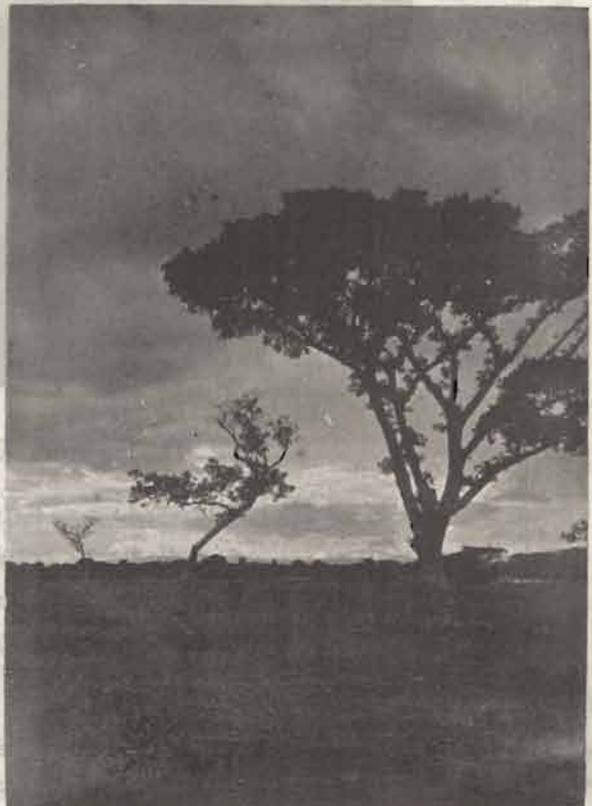
Ecos de la Exposición

Ya nuestros lectores tuvieron el placer de admirar las bellísimas fotografías del sutil artista Sotillo, que fueron justamente premiadas en la pasada Exposición Nacional. Lástima sí es que en las reproducciones en medio tono que publicamos, no se pueda dar una idea exacta del armonioso efecto producido con el tinte salmón que tienen las fotografías.

Crepúsculo

Hoy ATHENEA engalana esta página con ese delicado *Crepúsculo*, en el que se advierte, como en los anteriores, la mano firme del artista, su pulcra expedición y un gran conocimiento en el arte difícil del claro-oscuro.

Paisaje josefino, vista parcial de La Sabana, fotografía del señor Sotillo premiada con medalla de oro en la Exposición Nacional.





Dr. D. Samuel Lainez

quien ha regresado a su patria, Honduras,
el día 25 de octubre,
después de una hermosa gira en Costa Rica
por la causa de la Unión Centroamericana

Notas



Dr. D. Venancio Callejas

**muy digno compañero del Dr. Laínez,
quien ha compartido sus triunfos en esta República
que con tanto cariño les vió llegar**

Los grabados que publicamos de los señores Laínez y Callejas los debemos a la fina labor de la señorita Adelita Calderón, a quien felicitamos por ello muy calurosamente.

Notas

Este número de Athenea

Nosotros quisimos dar una nota digna de los dos hombres excelsos a quienes va dedicado este número de la revista, pero debemos dar una explicación ya que lo hecho no responde al deseo que nosotros tuvimos. El trabajo tipográfico que demanda este número especial, no era posible que se hiciera sino en ocho días más, y así nos vimos precisados a aminorar el número de páginas que iba a ser de sesenta y cuatro. Sin embargo, nuestros suscritores apreciarán el esfuerzo que indica la pequeña presentación que hemos hecho y seguirán prestándonos su eficaz ayuda para lograr todo el propósito que nos hemos marcado con esta revista, que tal vez sea una de las mejores que se han publicado en Costa Rica.

Duelo Nacional

Costa Rica ha tenido el profundo dolor de un acontecimiento espantoso. Jamás se vió una catástrofe como esta del Cuartel Principal la madrugada del 23 de octubre último.

Fatal, sombría, dantesca, la hora en que cayeron más de un centenar de hombres! La explosión mutiló vidas como en un gigantesco soplo macabro. Voló en pedazos la muralla fuerte, se lanzaron al aire los muros y era un volcán apocalíptico que arrojaba en su erupción terrible, los fragmentos del edificio con los fragmentos de los hombres! Horrorosa visión de la noche que conturba nuestro espíritu y angustia nuestro corazón.

Vimos en la tarde desfilar el cortejo de los muertos. Tenebrosa pesadilla de espanto! Dante no imaginó un cortejo más siniestro; iban unos detrás de otros los negros ataúdes de los militares caídos en su puesto.

Parecía un río de almas que atravesara en la vida.

Dios Santo, Dios Bueno, Dios Todopoderoso, vé que esos hombres alcancen la gloria de tu cielo, que bien deben tener en su inmortalidad todas las glorias!

Vela, oh Dios, por esos muertos, hombres sencillos y buenos que ya tú debes tener a tu diestra!

Y vela también por el desamparo de esas familias, que hoy lloran tanta desgracia!

Nosotros tenemos la más honda pena para los muertos en esta catástrofe espantosa y nos asociamos al duelo del país y glorificamos a los nobles defensores de la República que han desaparecido tan trágicamente. Y al dar nuestro más profundo sentimiento de dolor a las familias de las víctimas lo damos también al Gobierno de Costa Rica que ha tenido que lamentar tan honda desgracia.

Nota de duelo

Costa Rica ha tenido que sentir la desaparición de un caballero distinguido que se había conquistado el aprecio y el cariño de todos: don José Figueredo, muerto trágicamente el domingo 14 de los corrientes en la ciudad de Alajuela. La sociedad de San José se sintió profundamente conmovida y un grupo de amigos llegó a Alajuela en tren especial para hacer presente su duelo. Jamás se vió en aquella ciudad una manifestación más grande de cariño como la que tuvo lugar en el sepelio del señor Figueredo; y es que don José supo tener la admiración y el cariño de todos. Nacido en Cuba, fué más hijo de Costa Rica que muchos costarricenses. Tomó parte en la política activa del país y fué miembro promiente en las filas suyas; guiado de su buena intención trabajó con empeño en todas las actividades nacionales y en todo se llevó caballero y leal, como venía a gentes de su laya.

Nosotros damos conmovidos la noticia de su muerte y enviamos nuestro pesar a la distinguida familia que tan cruelmente ha sido probada.

Que el cielo tenga para doña Anita la resignación que debe conseguir y dé firmeza a nuestro compañero y amigo Roberto para soportar con serenidad la muerte de su padre.

Don Ricardo Fernández Guardia

Procedente de los Estados Unidos llegó a esta capital el 21 de los corrientes el distinguido caballero don Ricardo Fernández Guardia. Hombre público de irreprochable conducta, ciudadano probo, escritor ilustre, el señor Fernández Guardia ha tenido una nueva oportunidad para ver cómo se le quiere en Costa Rica. Su llegada ha sido un motivo de regocijo. Nosotros saludamos en el señor Fernández Guardia, también al digno presidente que fué del Ateneo de Costa Rica, y al darle la bienvenida más calurosa, le ofrecemos el afectuoso campo de ATHENEA para que pronto veamos prestigiarse sus páginas con su valiosa colaboración.

Sesión de recepción

El día 5 del presente mes, a las cuatro de la tarde, como se anunció en la Prensa, tuvo lugar la sesión de recepción que el Ateneo de Costa Rica daba en sus salones al Doctor don Samuel Lainez. Tuvo la sesión carácter público y se llevó a cabo con toda la solemnidad que el caso requería. Abrió el acto el señor Presidente del Ateneo don Alejandro Alvarado Quirós declarando instaladas las nuevas labores del Ateneo y en su hermoso discurso improvisado se refirió al motivo principal de la reunión, dando la bienvenida al ilustre huésped y recibiendo en nombre de la Institución el mensaje fraterno que traía el hijo de la noble Honduras. El Doctor Lainez presentó luego sus letras credenciales y leyó el hermosísimo trabajo que luego publicaremos. Por designación de la Directiva contestó con una bella alocución el Licenciado Luis Cruz Meza y así terminó a las 5 $\frac{1}{2}$ de la tarde, la hermosa reunión en que se dieron un abrazo caluroso los intelectuales de las Repúblicas de Morazán y de Mora.

Agradecemos

ATHENEA agradece mucho a la Imprenta Moderna la fineza que tuvo facilitándole algunos de los grabados que publicamos en el presente número. Nosotros procuraremos corresponder de la mejor manera a tan señalado favor.

La Cruz Roja francesa

Como lo dijimos resultó hermosa la fiesta de la Feria por Francia. En los días 6 y 7 hubo la animación más grande en los salones del Centro Español y todos tenían para la humanitaria fiesta dispuesto el noble espíritu latino. Pocas veces se ha visto un éxito mayor y es de felicitar a los organizadores, muy especialmente a los señores don Rafael Iglesias, don Luis Robert y don Camilo de Meserville. Francia ha tenido una nueva ocasión para ver que el pueblo de Costa Rica y la colonia francesa residente aquí, se han identificado en ideales y hoy cantan juntos las glorias de la inmortal Patria.

Demos recibido

Discurso Inaugural de la Sociedad de Estudiantes de Derecho pronunciado por el Doctor don Ramón Zelaya. Hace una hermosa exposición de la vida altísima de nuestro

Benemérito de la Patria el Licenciado don Bernardo Soto. La *Advertencia* es nobilísima y real. Aplaudimos sinceramente su entusiasmo y el aliento que da a los jóvenes de ahora.

* * *

El Problema Centroamericano, breve estudio por Manuel Ugarte h., abogado de las Facultades de El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica.—Editado en Panamá, Imp. *Esto y Aquello*.—Reproducimos:

«Centro América unida tendría una área de 174,065 millas cuadradas, con una población de 5.000,000; esto es, una extensión mayor que Italia Continental, y un número de habitantes como Chile o como Grecia, lo cual si no nos eleva a primera categoría, nos habilita para no pasar desapercibidos y constituye buena base para ulterior desarrollo.

La situación geográfica, la fecundidad del suelo, las inmensas riquezas naturales, la benignidad del clima y hasta la belleza de sus paisajes, están pronosticando su grandeza futura, y no falta más que la acción patriótica de sus hijos para alcanzarla.

Si la actitud actual de los gobiernos es de buena fe, conjunta y bien intencionada, será que al fin han comprendido su deber y visto claro el porvenir.

Sententisiete años de separación en la familia centroamericana, de luchas intestinas, de pequeños avances y grandes retrogradaciones, son suficientes para convencernos de la esterilidad de la vida de las fracciones y de la urgencia de retundirlas en un solo organismo político.

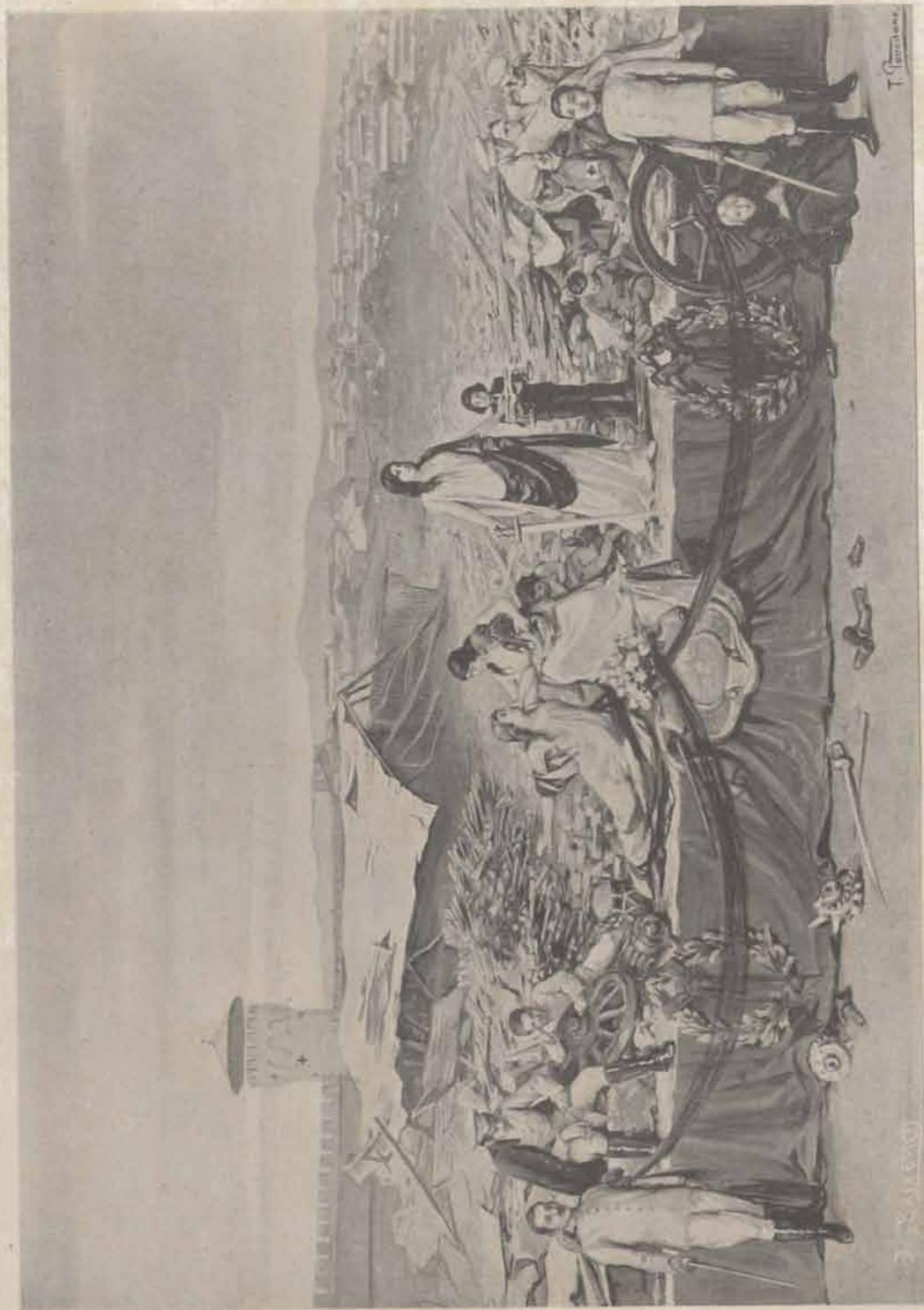
Las dificultades que señalan los separatistas son más bien aparentes y de fácil solución. La rivalidad para el establecimiento de la Capital no tiene razón de ser: debe buscarse para asiento del Gobierno el punto que ofrezca mayores facilidades de comunicación, mayores comodidades para el servicio público, y condiciones de clima y de cultura que alienten al extranjero a visitarnos. El Presidente sería el que designara el voto popular, que si se equivoca a veces, da campo a las legítimas aspiraciones. La diferencia en leyes es más en los detalles que en la parte sustantiva, y de cómoda unificación metódica. La diferencia de monedas es un problema económico que con talento y honradez puede resolverse en cualquier momento. Las deudas públicas de los cinco Estados, por lo diferentes y desproporcionadas, son lo único difícil de hacerse solidario en la nueva nacionalidad, pero se podría, para remedio, mantener por una Ley Constitutiva la ficción de las secciones, hasta lograr amortizarlas.

Mayores obstáculos que la de Centro América ofrecía la unidad italiana al principio del *Risorgimento*: diferencias que parecían abismos, rivalidades legendarias entre los pequeños Estados, exaltaciones religiosas, bancarrota fiscal, todo cedió allá ante el peligro común, y el ideal bendito supo convertirse en realidad cuando *il grido di dolore* del pueblo llegó a la conciencia del Rey del Piamonte. Bien es verdad que había un Cavour y un Garibaldi . . . !»

Crónicas teatrales

La función de gala de la Compañía El Esfuerzo, el 12 de octubre, fué una hermosa manifestación de cultura. El Teatro Nacional estaba completamente lleno; los palcos estaban bellamente ocupados por nuestras mujeres más distinguidas, así como los asientos de butaca.

Nosotros que tenemos un gran cariño por las cosas de nuestro país, nos sentimos orgullosos de ver que ya se logró la formación de una buena compañía de teatro con elementos nacionales. Por eso felicitamos a sus organizadores y especialmente al maestro Melico Quirós, a don Adolfo Blen y al incansable don Jenaro Castro.



CUADRO ALEGÓRICO DE T. POVEDANO